ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

UN BANQUERO

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA EN FRANCÉS POR

Octave

OCTAVIO FEUILLET, 1821-1890

CON EL TÍTULO DE

MONTJOYE

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN DEL PERAL

SEGUNDA EDICION

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

UN BANQUERO

REMOTE STORAGE

UN BANQUERO

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA EN FRANCÉS POR

OCTAVIO FEUILLET

CON EL TÍTULO DE

MONTJOYE

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JUAN DEL PERAL

Estrenada en el TEATRO DEL CIRCO en Abril de 1864.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
ENRIQUETA	Doña	Teodora Lamadrid.
CECILIA	»	Josefa Hijosa.
PEÑALVER	Don	Joaquín Arjona.
CHINCHILLA	»	Juan López Benetti.
FERNANDO	»	Manuel Ossorio.
RICARDO	»	Ramón Mariscal.
GARCÍA	»	José García.
UN LACAYO	»	José Díez.

La acción en Madrid, en nuestros días.

Esta obra es propiedad de D. MANUEL TAMAYO Y BAUS, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con que se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REMOTE STORAGE

ACTO PRIMERO

Despacho de Peñalver, ricamente alhajado. Estantería, bronces, objetos de arte, muebles suntuosos. A la derecha un gran bufete con muchos papeles y legajos. Un sillón dorado delante del bufete. Dos puertas laterales: otra en el foro.

ESCENA PRIMERA

GARCÍA y el LACAYO

Hablan en voz baja cerca de la puerta del foro, que estará abierta, y luego el Lacayo se va por ella. García, con una gran cartera debajo del brazo, se adelanta hacia el proscenio, meneando la cabeza como en señal de disgusto, y se sienta á la izquierda en una silla.

GARCIA. ¡Siempre el mismo! ¡Siempre saltando por todo y haciendo mofa de cuanto hay en el mundo! ¡Qué poco me han gustado á mí nunca los hombres así! ¡Y éste... éste... Cuando pienso que el estar yo á su lado es como aceptar el papel de cómplice suyo... Dios sabe que lo siento: Dios sabe que... ¡Ah! la señorita. (Viendo á Cecilia y levantándose con rostro placentero.)

ESCENA II

GARCIA y CECILIA

Sale por la izquierda con traje elegante de mañana.

CECILIA. Felices, señor García. ¿Aun no está aquí papá?

GARCIA. No; pero va á venir en seguida. Acaban de avisarme que ha vuelto.

CECILIA. ¿Que ha vuelto? ¿Pues tan de mañana había salido?

GARCIA. No... no, señorita. Es decir... sí: cuando ha vuelto, claro está que había salido. No sé dónde tengo la cabeza esta mañana.

CECILIA. Entonces luego le veré, porque ahora voy corriendo á vestirme para salir con mamá. Hasta después, señor García. Y los nietecitos, ¿siguen bien?

GARCIA. Sí, muy bien... Muchas gracias

CECILIA. Tráigamelos usted mañana. Quiero hacerles un regalito.

GARCIA. ¡Qué buena es usted!

CECILIA. Mañana á las doce, ¿eh? Adiós, adiós, que me está esperando mamá. (Vase corriendo por la izquierda. García la sigue con la vista enternecido.)

ESCENA III

GARCÍA y luego PEÑALVER

GARCIA. Sí, sí; no hay duda. Esta niña es el ángel guardián de la casa. Su madre es otro ángel... Ninguno de los dos está demás aquí.

PEÑALVER. ¿Se avisó al señor García? (Saliendo por la derecha con traje elegante de gusto inglés y patillas largas, y hablando con alguien que se supone haber dentro.) ¡Ah, sí, aquí está! (Viendo á García y acercándose á él.) Buenos días, Lorenzo.

GARCIA. Buenos los tenga usted, señor. (Le da la cartera y algunas cartas.)

PEÑALVER. Vamos á ver qué es esto. (Sentándose junto al bufete y abriendo la cartera.) Siéntate.

GARCIA. (¿Dónde habrá pasado la noche?) (Refunfuñando.)

PEÑALVER. El canal de Extremadura, bien, ¿eh? (Examinando los papeles que ha sacado de la cartera.)

GARCIA. Sí, muy bien, con tal que dure...,

PEÑALVER. Anda, cobardón. ¡Siempre con dudas y temores!

GARCIA. Ese negocio me parece de mal agüero. En él se había arruinado antes el señor Acuña, que es un hombre de bien, y no creo justo que ahora usted, aprovechándose de su trabajo... ¿Por qué no accede usted á sus súplicas y le da parte en la especulación?

PEÑALVER. Mira, Garcia: la historia universal del género humano es que unos sacan las castañas del fuego y otros se las comen.

GARCIA. Tiene familia.

PEÑALVER Así tendrá quien le consuele. Déjate de lamentaciones. ¿Qué noticias hay de las obras del ferrocarril? ¿Estarán terminadas para fin de mes?

GARCIA. Parece que sí.

PEÑALVER. Ya era tiempo. ¡Ah! dime, ¿y la contrata?

GARCIA. Usted se quedará con ella, de fijo.

PEÑALVER. Sabes que este negociejo puede dar un gran resultado. A ti te lo debo: á ti exclusivamente. Si no andas tan listo, nos gana Salcedo por la mano. Eres hombre que lo entiende.

GARCIA. Mejor pudiera haber empleado mi vida.

PEÑALVER. ¿Cómo es eso, viejo gruñón? ¿No estás contento en mi casa?

GARCIA. Sí... y no.

PEÑALVER. Bien, bien: ya hablaremos. ¡Caramba! (Fríamente recorriendo una carta con la vista.) ¡Pobre diablo!

GARCIA. ¿Qué hay?

PEÑALVER. ¿Te acuerdas de Jiménez, aquel muchacho que enviamos á Manila?

GARCIA. Sí; ¿y qué?

PEÑALVER. Nada: que al desembarcar, se cayó al agua el muy torpe, y se ahogó.

GARCIA. ¡Pobre chico! ¿Será posible?

PEÑALVER. Sí, me lo escriben de Cádiz. ¡Qué fastidio! Hay que enviar otro en seguida. Entre los del escritorio elije el que te parezca mejor.

GARCIA. Debía acabar mal. Tenía un corazón depravado.

PEÑALVER. Lo siento: era muy listo. (Distraído.)

GARCIA. Se fué contra la voluntad de toda su familia. Su madre ha muerto de pena poco ha.

PEÑALVER. Sí... sí... muy listo: prometía mucho.

GARCIA. Yo, señor, creo en la Providencia.

PEÑALVER. ¿Eh? (Prestándole atención.)

GARCIA. Que yo creo en la Providencia.

PEÑALVER. Tanto mejor para ti.

GARCIA. (Se la encajé.) Si usted no manda otra cosa...

PEÑALVER. No. Dentro de una hora ya habré examinado estos papeles: vuelve por ellos.

GARCIA. La señora. (Saluda á Enriqueta, que sale por la izquierda.) (Se la encajé.) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

PEÑALVER y ENRIQUETA

PEÑALVER. ¿Cómo va? ¿Y Cecilia? Aun no la he visto.

ENRIQ. Pues ella ha venido ya aquí. (Enriqueta manifestará siempre cierto abatimiento y tristeza.) Ahora se está vistiendo para salir conmigo: pero no haya miedo de que deje de traerte su ramito de violetas, como todos los días. ¡Jesús! Primero faltaría la luz en el cielo. ¡Hija de mi alma!

PEÑALVER. Buen par de loquillas sois las dos. Cecilia, con tu ejemplo, no podía menos de darse á manías novelescas. Tú no eres una mujer de carne y hueso como las demás; tú no vives en la tierra, sino en las

nubes. Conque vamos á ver: ¿qué me quieres? ¿qué hay?

ENRIQ. Cecilia y yo hicimos ayer un descubrimiento en nuestra excursión matinal. Ya sabes que ahora casi todos los dias me acompaña á visitar á los pobres; porque á medida que la veo más lanzada en el torbellino del mundo, más conveniente me parece darle á conocer la parte seria de la vida. Cuando por la mañana ha presenciado un infortunio, por la noche la llevo á un baile con menos temor. Se me figura que así adquiere por la mañana su corazón el temple necesario para resistir á los peligros de por la noche.

PEÑALVER. No, no hay mal ninguno en que vaya.... Y ese descubrimiento, ¿es tan plausible como el de las Indias?

ENRIQ. Verás. Yo me dedico principalmente á buscar pobres que se ocultan. Pues bien, he dado con uno que por fuerza ha de interesarte: un antiguo camarada tuyo, de quien me has hablado alguna vez... Un señor Chinchilla...

PEÑALVER. ¡Chinchilla! ¡Pues ya lo creo! ¿Conque aun vive el tuno de Chinchilla?

ENRIQ. Vive, pero ¡cómo! Trabaja en una imprenta... copia manuscritos... ¿qué se yo? Su mujer está enferma.

PEÑALVER. ¡Hola!

ENRIQ. Cuatro hijos, cuatro; y el mayor no levanta cinco palmos del suelo.

PEÑALVER. Tómate esa.

ENRIQ. Él ha estado también dos meses en cama con una enfermedad muy grave... En fin, una miseria horrible... una desolación. Me ha dicho que un día vino á verte y que no le dejaron entrar. Yo le ofrecí que hoy mismo le recibirías. ¿Verdad que le recibirás?

PEÑALVER. Hija, estoy muy ocupado... tengo mucho que hacer. (Quédase meditabundo.) Sin embargo... quizá pudiera serme útil... Era mozo de chispa, aunque

algo poeta y soñador... Quizá con la edad se haya apagado el fuego de aquella imaginación volcánica; y si él quisiera, con su talento, con su actividad, con su carácter emprendedor... Recuerdo, además, que en política tenía ideas que van estando muy en boga... Pues sí señor que puede serme útil. Le recibiré por darte gusto. (Hace sonar un timbre que habrá encima de la mesa.)

ENRIQ. No sabes cuánto te lo agradezco. Haz bien á los demás, ya que á mí...

PEÑALVER. Pues bueno fuera que te negase un favor tan pequeño. (Como tratando de cortar la conversación.) Si viene el señor Chinchilla, que pase adelante. (Al Lacayo, que se presenta en la puerta del foro.)

EL LACAYO. ¿El señor Chinchilla? Está bien.

PEÑALVER. ¡Ah! (Como recordando.) Que entre también don Fernando Vidal.

EL LACAYO. ¿Vidal? Está bien, señor. (Vase.)

ENRIQ. Dime: ¿ese Vidal es?...

PEÑALVER. Sí: el hijo de mi antiguo socio de Cádiz. Hará cuatro ó seis meses que vino á establecerse en Madrid como abogado. Según me han dicho, no carece de inteligencia, pero la suerte no le ayuda. Su padre era un majadero, y no tuve yo ciertamente la culpa de que se arruinase y luego diera en la ridícula humorada de levantarse la tapa de los sesos. Pero basta que durante algún tiempo fuera mi socio, para que me considere obligado á favorecer á su hijo.

ENRIQ. Apruebo la idea.

PEÑALVER. Parece ser que ese muchacho observa conducta irreprensible, y á Ricardo le vendrá bien un amigo que pueda darle buenos ejemplos.

ENRIQ. Mucha falta que le hace á Ricardo contraer buenas amistades y dejar las malas. Debieras cuidarte un poco más de su educación, y echarle de cuando en cuando algún sermoncito. Anoche estuvo con nos-

otras en el palco, había comido de fonda, sin duda, y me hizo pasar un rato...

PEÑALVER. ¡Oiga! Creo que ha salido á caballo. Cuando vuelva, envíamele acá. (Óyese ruido en el foro.) Me parece que es él. (Va á la puerta del foro.) ¡Ricardo! (Llamándole.)

RICARDO. Calla, bolonio. Tú tienes la culpa. Le destrozas la boca. (Dentro.)

PEÑALVER. ¡Ricardo! (Llamándole.)

RICARDO. ¡Bruto! ¡Zopenco! (Dentro.)

ESCENA V

DICHOS y RICARDO

Sale por el foro con un látigo en la mano.

RICARDO. Buenos días, papá. (Dando la mano á Peñalver.) Es mucho más animal que el caballo.

PEÑALVER. ¿Qué te sucede?

RICARDO. Nada: que ese gaznápiro de Miguel no sabe montar. Por poco se cae del caballo en la plazuela de Santa Ana.

PEÑALVER. Estaría bebido. Y á propósito, Ricardo; el día que comas de fonda, hazme el favor de no ir al palco de tu madre.

RICARDO. ¿Pues qué, mamá; cometí alguna imprudencia?

ENRIQ. Sí, hijo, sí: estuviste desatinado.

RICARDO. ¿De veras? Lo siento. Aunque si tú no me hubieras dicho que os fuera á buscar al teatro... ¡*La Norma*! La he visto ya más de mil veces; y recuerdo que de puro fastidio, me dió por charlar y hacer burla de todo. ¡Qué diablos! De alguna manera me había yo de divertir. (Azota el aire con el látigo y va hacia la izquierda.)

PEÑALVER. Es una cabeza destornillada.

ENRIQ. (¡Pobre hijo mío! Si Dios no lo remedia...)

RICARDO. ¡Ah! anoche estaba en el teatro la Marquesa de Río

Janeiro, esa brasileña que es ahora la novedad que más llama la atención en Madrid. Hombres y mujeres querían comérsela con los ojos: los unos por afición: por envidia las otras. Dicen que su marido es un gran cazador de fieras, y que tiene la gracia de estar siempre rabiando de celos Yo no sé por qué me ha dado en la naríz que ella y él son un par de farsantes.

PEÑALVER. ¡Ricardo! (En tono de reconvención.)

ENRIQ. (¡Dios me dé fuerzas!) (Con profunda aflicción y mirando á Peñalver.) Se hace tarde. Hasta luego. Vuelvo á recomendarte á Chinchilla.

PEÑALVER. Quedarás contenta de mí. (Muy afectuoso, apretándole la mano. Enriqueta se va por el foro.)

ESCENA VI

PEÑALVER y RICARDO

Peñalver se sienta en el sillón que hay cerca del bufete. Ricardo se apoya en el respaldo del mismo sillón.

RICARDO. ¿Y cómo te sientes hoy, papá? ¿Estás completamente bueno?

PEÑALVER. ¿Adónde te fuíste anoche después del teatro?

RICARDO. Me fuí como un santo al Casino, papá de mi alma.

PEÑALVER. Y allí, ¿qué hiciste?

RICARDO. ¿Qué había de hacer, papá de mi corazón? Jugar con la mayor tranquilidad del mundo.

PEÑALVER. Y perder, según me indica ese acceso de ternura filial.

RICARDO. Pero no al treinta y cuarenta: créelo. Al whist fué; al aristocrático y manso whist.

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¿Conque de veras gozas hoy de completa salud, papaíto?

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¡Bah! Dos mil duros.

PEÑALVER. Tómalos. (Escribiendo dos renglones en un papel y dándosele.) Pero no vuelvas á pedirme ni un solo real para satisfacer deudas de juego. Tu ociosidad es cosa cara.

RICARDO. Gracias. Te quejas de mi ociosidad, ¿eh? Pues te digo que eres injusto. Ahora no quieres que juegue á las cartas, y antes no querías que jugase á la Bolsa.

PEÑALVER. Todo es jugar.

RICARDO. ¡Pero recuerda qué bien empecé! Mi primera operación desconcertó los cálculos de los banqueros más sagaces de España y Francia; y dejó á todo el mundo con tanta boca abierta. Tú mismo te quedaste asombrado.

PEÑALVER. ¿Pues no me había de asombrar?

RICARDO. El resultado fué malo; cierto: pero yo hice en regla la jugada.

PEÑALVER. Y yo la pagué.

RICARDO. Otra vez hubiera podido ganar.

PEÑALVER. Sí, tú hubieras podido ganar y yo hubiera podido perder. Lo dicho. Esa es la última deuda que te pago. Pocos jóvenes tendrán para sus gastos particulares una pensión tan considerable como la tuya. Conténtate con ella. Mira que si no, te la quito, y te dejo in albis.

RICARDO. Permíteme, papá queridísimo, que lo dude.

PEÑALVER. Te aseguro, hijito, que haces mal en creerte con derecho á disponer de mis bienes, como si fueran tuyos. Quieren las leyes que el hijo sea heredero forzoso de su padre; pero, si me apuras mucho, puedo yo darte una sorpresa que no te deje con gana de reir.

RICARDO. Papá, siempre me has tratado como á un camarada, como á un amigo, y ese lenguaje... (Algo desconcertado.)

PEÑALVER. Como á un amigo te seguiré tratando, con tal que

me pagues en la misma moneda. Porque ya ves: no parece justo que yo sea tu amigo y que tú seas mi enemigo. Anda, anda, botarate, y dí que me traigan aquí el almuerzo.

RICARDO. (Hasta otra. Es un buen chico.) (Vase por el foro.)

ESCENA VII

PEÑALVER y luego el LACAYO

Peñalver se sienta cerca del bufete, y se ocupa en examinar papeles y leer cartas.

PEÑALVER. Toda va bien. ¡Ah! (Tomando una carta en la mano.) Parece letra de la Marquesa. (Abre la carta.) Sí. «El Marqués acaba de decirme que hoy iremos á ver á tu esposa. (Leyendo.) Proporciónale ocasión de poder hablar á solas contigo, porque lleva además el objeto de pedirte el cuarto segundo de tu casa que está desalquilado, y no parecería bien tratar de negocios delante de una señora. Supongo que la noticia te alegrará.» Sí; quiere que también le pague la casa. «Mucho disimulo, por Dios. El Marqués está ahora más celoso que nunca.»

EL LACAYO. Acaba de llegar el señor Chinchilla. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Que pase. (Sin volver la cabeza. Vase el Lacayo.) ¿Será marqués? ¿Será celoso? ¿Será su marido? Á mí, ¿qué me importa? (Suelta la carta y examina otros papeles.)

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro. Entra Chinchilla y el Lacayo se va.)

ESCENA VIII

PEÑALVER y CHINCHILLA

Peñalver continúa sentado junto al bufete y firma varios documentos. Chinchilla trae frac negro abrochado, muy raído, y de hechura algo antigua; corbata negra, muy usada, con puntas largas y caídas; guantes negros también, agujereados por las puntas de los dedos. Sus cabellos y barba, grises, descompuestos y enmarañados; su rostro, flaco y macilento; sus ojos, hundidos. Permanece un rato parado junto á la puerta, dando vueltas entre las manos al sombrero, que de puro viejo habrá perdido ya su forma, y mirando en derredor suyo, como en señal de cortedad, de asombro y confusión. Pausa.

CHINCH. Perdone usted, caballero, que me haya tomado la libertad... (Acercándose un poco, y hablando con dificultad por la emoción que le domina.) Pero como su señora esposa tuvo ayer la bondad de animarme á que viniese...

PEÑALVER. Hola, Chinchilla. ¿Cómo va? (Sin volver la cabeza, tendiéndole por encima del hombro la mano izquierda mientras sigue firmando con la derecha.)

CHINCH. ¿Qué?... ¿Cómo?... (Estrechándole la mano.) ¿Usted?... ¿Tú te dignas reconocerme?

PEÑALVER. Pues claro. ¿No te he de reconocer? (Con frialdad.) Y mira, la verdad es que estás bastante cambiado. (Levantándose y contemplándole cara á cara.) No lo estaré yo menos, quizá. Ya ni tú ni yo tenemos veinte años, camarada. ¡El buen Chinchilla! Es agradable esto de volverse á ver dos amigos después de larga ausencia, ¿verdad?

CHINCH. ¿Amigo?... ¿Me llamas amigo?... ¿Con que no hay duda? ¿Conque no me desdeñas? Perdona, Antonio mío, perdona... pero te confieso que no esperaba esta acogida. ¡Tú en lo más alto de la escala social... Yo al pie de la escalera .. (Llorando y enjugándose los ojos con un pañuelo.)

PEÑALVER. Bah, bah, en eso no has cambiado: eres tan simple como antes. Eh, no hagas pucheros.

CHINCH. Acabo de salir de una enfermedad... Estoy muy débil todavía... (Como disculpándose.)

PEÑALVER. Con efecto, esa cara... (Salen dos criados por el foro con una mesa en que hay servido un opíparo almuerzo.) Ponedlo ahí. (Á los criados, que dejan la mesa cerca del proscenio.) ¿Quieres almorzar conmigo?

CHINCH. Gracias, muchas gracias, mi querido Antonio... Ya he almorzado. (Con timidez.)

PEÑALVER. No importa. Un convaleciente siempre tiene apetito.

CHINCH. No sé cómo agradecerte... (Mirando la mesa con curiosidad y asombro.) Me tratas de un modo...

PEÑALVER. Vamos, sí: tomarás alguna cosilla. Un cubierto, y dejadnos solos. (Uno de los criados pone un cubierto en un lado de la mesa y acerca una silla. Vanse los dos criados.) Prescindiremos de servicios ajenos, á trueque de poder hablar sin testigos. Siéntate ahí. (Sentándose él á un lado de la mesa.) ¿No oyes? Siéntate. (Chinchilla se sienta con mucha cortedad.) ¿Cuánto tiempo ha que no nos veíamos?

CHINCH. ¡Oh! Veinticinco años, Antonio. Veinticinco años ha que me fuí yo de Cádiz.

PEÑALVER. Es verdad. ¡Veinticinco años! ¿Quieres que te sirva? Huevos revueltos con trufas: ¿te gustan?

CHINCH. ¿Con trufas, eh? Sí... creo que me gustarán.

PEÑALVER. ¿Por qué diablos no has venido á verme antes? Me parece que soy algo conocido en Madrid, y tú no podías ignorar...

CHINCH. Te diré. Aun recordando perfectamente las grandes esperanzas que dabas en tu mocedad, no podía creer que mi antiguo camarada de Cádiz, empleado de mala muerte en una casa de comercio, fuese el banquero opulentísimo que con sus aventuradas empresas, con sus incalculables ganancias y con su lujo deslumbrador, tiene á España entera llena de

admiracion y envidia. Una vez, al fin, para cerciorarme de la verdad, estuve á la puerta de tu casa haciendo centinela, hasta que te vi salir en un coche magnífico. Al verte, el corazón me dió un vuelco, y fué milagro que no me cayese allí redondo.

PEÑALVER. Eres un niño con canas. ¿Y por qué no volviste otro día? Burdeos. (Echándole vino en una copa.)

CHINCH. Bien: por ser Burdeos...

PEÑALVER. Hiciste muy mal en no volver.

CHINCH. Pero sí volví: sólo que como mi facha no es de recibo, tus criados se mostraron conmigo poco benévolos. No insistí, recelando que te hubieras engreído y me recibieses mal. Menester ha sido que tu esposa... que tu noble y excelente esposa... ¡Qué mujer, Antonio! ¡Qué ángel del cielo!

PEÑALVER. ¿Verdad que sí? ¿*Roasbeef*?... ¿quieres?

CHINCH. Hola, *roasbeef* Bueno: dame un poco de *roasbeef*.

PEÑALVER. Pero sepamos: ¿qué es de tu vida?

CHINCH. Soy corrector de pruebas en una imprenta, y cuando me queda algún tiempo libre por la noche, copio manuscritos.

PEÑALVER. ¿Y has empleado veinticinco años en conquistar esa posición?

CHINCH. Ahí verás. (Con tristeza.)

PEÑALVER. ¡Un hombre de tu saber, de tu audacia, de tu energía!...

CHINCH. ¿Qué quieres? Todo me ha salido mal. Ya recordarás que tenía ideas un poco avanzadas.

PEÑALVER. Sí: creo que eras republicano. Bebe. (Echándole vino.)

CHINCH. Republicano... Es decir... Según y conforme.

PEÑALVER. ¡Oh, no te disculpes!

CHINCH. No me disculpo, nada de eso; pero no quiero que me tomes por un corta-cabezas, por un antropófago.

PEÑALVER. ¡Ah, ya! ¿Tú eres republicano platónico?

CHINCH. En pocas palabras puedo hacerte mi profesión de fé.

PEÑALVER. No, no. Mejor será que me cuentes tu vida.

CHINCH. Enhorabuena. Sabes que al entrar en la edad de la razón, era presa mi alma de una gran idea, de un gran sentimiento, de una gran ilusión tal vez: llenábala entera el amor de la humanidad y el noble afán de ser útil á mis semejantes. No es esto decir que no me propusiese yo hacer fortuna como cada hijo de vecino; pero estaba resuelto á no procurar mi bien, sin procurar al mismo tiempo el de los demás.

PEÑALVER. Lo dicho: tonto rematado. ¿*Foie gras*?

CHINCH. Vaya, echa un poquito. Pues bien, Antonio, ahí tienes el bello ideal que he perseguido durante treinta años con infatigable ardor, con heróica perseverancia.

PEÑALVER. Mayor disparate... Bebe, hombre, bebe. (Echándole vino.)

CHINCH. Para realizarlo abracé sucesivamente distintas profesiones: fuí abogado, funcionario público, periodista, militar, ¿qué sé yo? Y en todas estas carreras, aspirando siempre á moralizar á los hombres, únicamente les merecí desdenes, injusticias y malos tratos.

PEÑALVER. Mira tú qué pícaros. Sigue. (Echándole vino de Champagne de una botella que antes se habrá ocupado en destapar.)

CHINCH. No: no me hagas beber. (Dando señales de estar muy acalorado.)

PEÑALVER. Una copita de *Champagne frappé*.

CHINCH. ¡Ah, *frappé*! Bueno, porque no digas...

PEÑALVER. Sigue: ¿qué más?

CHINCH. He viajado.

PEÑALVER. ¿Has viajado?

CHINCH. Más que el judío errante. Recordarás que era yo muy apasionado de Lord Byron.

PEÑALVER. No: no lo recuerdo; pero en fin, cuando tú lo dices...

CHINCH. ¡Su muerte sobre todo, me causaba una envidia!...

PEÑALVER. Pues mira, chico, lo que es á mí no hay muerte que me parezca bien.

CHINCH. Cifraba toda mi ambición en morir como él procurando la emancipación de un pueblo; consagrándome, por lo menos, á la defensa de alguna buena causa. Así fué, que me propuse correr adonde quiera que oyese gritar á un oprimido, llorar á una víctima; y ya comprenderás que para cumplir este propósito, tuve que ir...

PEÑALVER. ¿Adónde?

CHINCH. ¡Toma! á todas partes. Á Francia, á Valaquia, á Polonia, á Hungría, á Italia... con la particularidad de que jamás entré en refriega de que no saliera mas ó menos estropeado.

PEÑALVER. ¡Qué suerte, Chinchilla!

CHINCH. También lidié en dos repúblicas de América, donde llegué á ser general. En fin, Antonio, ¿qué te diré? Después de haber corrido de la Ceca á la Meca; después de haber estado diez veces herido y tres condenado á muerte...

PEÑALVER. ¡Bah!

CHINCH. Lo que oyes. Tres veces estuve condenado á ser pasado por las armas. (Dando señales de estar un poco achispado.)

PEÑALVER. Pero ¿nunca te han fusilado, eh?

CHINCH. Así parece. Pues como iba diciendo; después de veinticinco años de fatigas y penalidades, arruinado, cubierto de cicatrices, proscrito aquí, condenado á muerte allá, te lo confieso aun á riesgo de que me acuses de cobarde, sentí decaer mis fuerzas y me retiré á buen vivir; habiendo sacado en limpio de existencia tan complicada y azarosa, que la especie humana está bastante echadilla á perder, que la paz es mejor que la guerra, que bajo todas las formas de gobierno pueden ser los hombres igualmente esclavos, y que el bien absoluto no está en

la tierra, sino en el cielo. ¿Me permites que me afloje un poco la corbata?

PEÑALVER. Quítatela, si quieres.

CHINCH. Pero díme tú si es justo que un hombre que no ha cometido nunca una mala acción, que ha empleado su patrimonio, su inteligencia, su sangre en defender una ilusión, si se quiere, pero ilusión al fin noble y generosa, tenga en su ancianidad la pena de ver padecer hambre en una guardilla á su mujer y sus hijos. Dame la mano, Peñalver, dámela. Estaba á dos dedos de la desesperación, y por tí, amigo mío, vuelve á encendérseme el pecho en amor de mis semejantes. (Estrecha una mano á Peñalver con efusión.)

PEÑALVER ¡Pobre Chinchilla! ¿Té ó café? (Un criado habrá salido momentos antes, trayendo una bandeja con servicio de té y de café.)

CHINCH. Té, té. He almorzado mucho. (El criado sirve té á Chinchilla y Peñalver, y en seguida se va.)

PEÑALVER. Pues señor, has de saber que lo que te sucede proviene del feo vicio en que suelen incurrir algunas personas: el vicio de soñar despiertas. Has vivido en las nubes. ¿Qué mucho que te hayas perdido en ellas? Yo, por lo contrario, gusto de andar en tierra firme.

CHINCH. Perdona: ¿á qué llamas tú vivir en las nubes? (Levantándose con la taza en la mano.)

PEÑALVER. Á tener otra moral que no sea la de lo tuyo y lo mío, y otra filosofía que no sea la de dos y dos suman cuatro. Vivir en las nubes es alimentar ilusiones poéticas, seguir el hilo de rutinarias preocupaciones, dejarse alucinar con frases vacías de sentido. Yo que vi á mis semejantes, como tú dices, sometidos á esa esclavitud voluntaria, resolví al punto que pude raciocinar por mí mismo, no ser semejante de mis semejantes.

CHINCH. ¡Qué cosas tienes!

PEÑALVER. Persuadido, además, de que así únicamente podría serles útil. Respetando aquellos principios en que á mi juicio descansa verdaderamente el orden social, he hollado siempre sin escrúpulo todas las falsas opiniones, todos los sentimientos vulgares con que esta mísera humanidad se complace abinicio en enflaquecer más y más su natural flaqueza, en dar á su conciencia motivos de zozobra y dolor y en redoblar la carga que pesa en sus hombros. Desembarazado el entendimiento, firme el corazón, erguida la frente, he caminado por entre la multitud sin miedo á nada ni de nadie, con el Código en una mano, con una espada en la otra... y aquí me tienes.

CHINCH. El diablo eres, Peñalver.

PEÑALVER. Aquí me tienes, cada vez mas íntimamente convencido de que en echándose á cuestas para el viaje de la vida todo ese fárrago de simplezas que engendró la calenturienta imaginación del vulgo, podrá uno llegar á ser un buen hombre y un grande hombre también; pero no un hombre feliz, ni un hombre fuerte, ni siquiera un hombre útil. Y tú eres la prueba. ¿Qué has hecho por tus amados semejantes en treinta años de solicitud congojosa y duros sacrificios? Nada. Los hombres como yo son los que sirven á su prójimo, sirviéndose de él. Yo con mis atroces ideas hago vivir á millares de tus semejantes: tú con tan bellas teorías y con tan dulces sentimientos, ni siquiera puedes hacerte vivir á tí mismo.

CHINCH. ¡Ay! (Dejando la taza en la mesa.) No es esta la primera vez que dudo si habré estado ciego. Quizá digas bien. Quizá seas tú el hombre verdaderamente fuerte.

PEÑALVER. Tenlo por indudable. ¡Yo soy el hombre verdaderamente fuerte! ¡Oh, si conocieses mi vida!... No he tenido más que una debilidad, una sola. He

amado: una vez: á mi mujer. Se la robé á su familia que me la negaba. Fuera de esto, nada, ni un instante de flaqueza. Seguro de mi inmensa utilidad en el mundo, he sido para mí mismo un ser infalible, un ser sagrado, ¡un diós! Dí, Chinchilla: ¿quieres tú ser mi profeta con cuarenta mil reales de sueldo y casa para tí, tu mujer y tus cuatros hijos?

CHINCH. ¡Eh! ¿Qué? ¿Te chanceas? (Con mucho asombro.)

PEÑALVER. Cuarenta mil reales y casa: ¿te conviene?

CHINCH. ¡Antonio... por Dios! Estas no son cosas de broma. No me hagas concebir una vana esperanza. No me des un alegrón así, para que después tenga que llorar un desengaño. ¡Mira lo que me ofreces! Sacar de la miseria á mi mujer y á mis cuatro angelitos. ¡Hartar su hambre! ¡Verlos dichosos!... ¡Pero es que ahora no tengo yo más sueño dorado ni más ambición! ¡La fe del carbonero y el pan de mis hijos! ¡Tú eres padre, Antonio: tú sabes cómo se quiere á esas criaturitas del alma! ¡No juegues con eso, Antonio; no juegues con eso!

PEÑALVER. El trato es formal, y tendrás, además, la ventaja de poder volar en tu esfera. Día y noche te ocuparás exclusivamente en hacer bien á tus semejantes; nada más que en hacer bien á tus pobrecitos semejantes.

CHINCH. Y eso ¿dónde? ¿En qué país? ¿En la China, en la luna?

PEÑALVER. No: no tan lejos: algo más cerca de Madrid: en Illescas. Óyeme. Ya he apurado la copa de todos los deleites: estoy en la edad de la ambición y quiero ser diputado: de oposición se entiende: diputado ministerial cualquiera lo es. Diputado ahora, y dentro de algún tiempo ministro. Con esta mira, he comprado en Illescas una gran posesión; la mejor del país. ¿Tú nunca has sido gobernador?

CHINCH. No. ¿Quién lo había de decir?

PEÑALVER. Pues ahí tienes tu ínsula Barataria. En ella serás

gobernador, administrador... puedes elegir nombre á tu gusto; bien entendido que te has de cuidar poco de mis bienes y mucho de mi candidatura. Eres activo, entendido, simpático: prevén el ánimo de los electores en favor mío; háblales de libertad, de progreso. Funda una escuela, un hospital, una iglesia; abre un camino, fomenta la agricultura, da limosnas en secreto de modo que no haya bicho viviente que lo ignore... haz, en fin, todo aquello que te sugiera tu fogosa imaginación y tu acendrado humanitarismo. Te abriré un crédito ilimitado. ¿Aceptas?

CHINCH. ¿Pues no he de aceptar? Un cargo así me viene á mí de perillas! Y con tal que tu color político no difiera mucho de mis antiguas opiniones...

PEÑALVER. ¡Ca! Si yo soy más liberal que tú... ¡muy liberal! Todo lo inglés me gusta mucho, y sobre todo la cocina y la política inglesa. Tú ya estás en lo razonable: ya te contentas con lo posible; y creo que no me exigirás la abolición de la esclavitud, ni la comunidad de bienes, ni la felicidad universal... (Chinchilla hace señales negativas.) ¿No? Pues entonces nos entenderemos perfectamente.

CHINCH. De fijo que nos entenderemos. Pero dí: ese distrito, ¿está ahora vacante?

PEÑALVER. Lo estará muy en breve. El diputado por allá, don Gregorio Molina, se encuentra muy malo. Cosa de días. Ayer había junta de médicos.

EL LACAYO. El señor Vidal espera en la antesala. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Que pase no bien salga este caballero. (Vase el Lacayo.) ¿Cuándo te vas á Illescas?

CHINCH. Cuando tú lo dispongas.

PEÑALVER. Cuanto antes mejor. Vuelve mañana á esta hora, y arreglaremos nuestros planes. (Toma de encima del bufete un billete de Banco y se lo da á Chinchilla.) Hazme el favor de tomar esta friolera. (Chinchilla vacila en

tomar el billete.) Á cuenta de tu sueldo. (Chinchilla toma el billete.)

CHINCH. Si me permitieras que te trajese á mi mujer y mis hijos y que los arrojase en tus brazos. (Con mucho fuego.)

PEÑALVER. No, Chinchilla, no por Dios: no te encarames á las nubes. Ya los veré. Hasta mañana. (Alargándole la mano.)

CHINCH. ¡Qué contentos se van á poner! ¡Cómo te van á bendecir!... Mi gratitud, mi... Perdona, ya iba otra vez á subirme á las nubes... Hasta mañana y Dios te lo pague... ¡Dios te lo pague! (Vase llorando por el foro.)

ESCENA IX

PEÑALVER y FERNANDO

PEÑALVER. Muy aplanado está. ¡Bah! Efectos de la miseria. Las buenas tajadas le devolverán su antiguo vigor.

EL LACAYO. El señor don Fernando Vidal. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. (Otro habitante de las nubes.)

FERNANDO. ¡Caballero!... (Entrando por la puerta del foro y saludando á Peñalver. Vase el Lacayo.)

PEÑALVER. (¡Cómo se le parece!) (Poniéndose muy serio de pronto.) Sírvase usted de tomar asiento. (Se sientan los dos.) Señor Vidal, ayer no tuve el gusto de encontrarle á usted en su casa. Veo que ha recibido usted mi tarjeta, y le agradezco mucho que haya venido á verme.

FERNANDO. ¡Caballero!... (Con frialdad.)

PEÑALVER. Mi nombre no debe serle á usted desconocido.

FERNANDO. ¿Quién no le conoce en Madrid?

PEÑALVER. Pero usted debe conocerlo por motivo especial. (Fernando se inclina un poco con la misma frialdad que antes. Breves instantes de silencio.) Sabe Dios que no quisiera despertar amargos recuerdos; pero mi con-

ducta habría de ser para usted de todo punto incomprensible, si no le trajese á la memoria que durante algún tiempo fuí socio de su señor padre, hará cosa de veinte años.

FERNANDO. Lo sé.

PEÑALVER. Entonces era usted un niño; y no está en lo posible que haya usted conservado de mi persona el menor recuerdo, á menos que después su familia no le hablase de mí. (Mirándole con la más viva atención.)

FERNANDO. Reducíase toda mi familia á una tía anciana que me recogió cuando quedé huérfano. Había vivido siempre muy sola y abstraída, y no sabía nada de las cosas del mundo: creo que ignoraba hasta su nombre de usted. Tanto ella como yo evitábamos, por otra parte, con igual solicitud, volver los ojos á lo pasado.

PEÑALVER. Era natural. (Como librándose de una gran inquietud.) Tampoco yo los volveré. Basta lo dicho para que tengan fácil explicación los sentimientos que respecto de usted me animan. Celebraría infinito poderle servir á usted en algo.

FERNANDO. Mil gracias, caballero.

PEÑALVER. Días pasados estuve en la Audiencia, y habiéndole oído á usted defender un pleito, entré en curiosidad de saber su nombre y sus circunstancias: curiosidad que allí mismo logré satisfacer. Y me admiró bastante que persona de inteligencia tan peregrina, no hubiera alcanzado aun ni la reputación ni los bienes á que era acreedor, en mi concepto.

FERNANDO. Usted me juzgó con benevolencia excesiva.

PEÑALVER. No por cierto. Es usted un gran abogado, sólo que... Permítame que le hable con franqueza de amigo. Sólo que, al decir de la gente, carece usted de aquella audacia que es indispensable, aun á las personas de mayor mérito, para conquistar un puesto en el mundo. ¿Es esto verdad? Usted lo sabrá mejor que yo.

FERNANDO. Me trata usted demasiado afectuosamente para que yo no le responda con absoluta confianza Le han dicho á usted la verdad: soy cobarde Ya comprenderá usted por qué. Mi frente se inclina hacia el suelo bajo el peso de un recuerdo horrible, de un nombre mancillado.

PEÑALVER. No hay que exagerar las cosas. Su padre de usted fué desdichado, no criminal.

FERNANDO. Así lo creo, caballero; y sin embargo, mi padre quebró, y su memoria es objeto de execración para cien y cien infelices que le habían hecho depositario de su modesto patrimonio, y que por él quedaron reducidos á la miseria. ¿Puedo yo olvidar jamás, podré yo nunca reparar esta desgracia? Oh, si el repararla estuviese en mi mano, entonces, se lo juro á usted, entonces no me faltaria valor. Pero aun trabajando con el mayor ahinco en mi profesión, ¿cómo alimentar la esperanza de reunir jamás los millones que serian necesarios para devolver la honra al nombre de mi familia, la paz á mi conciencia?

PEÑALVER. Procure usted, por lo menos, cumplir con otros deberes menos difíciles. Deber es de todo hombre emplear dignamente su inteligencia. Permítame usted que le ofrezca ocasión de dar á la suya digno empleo. Tengo á mi cargo, no lo ignorará usted, muchas empresas industriales, y de ellas se originan multitud de asuntos contenciosos, tanto en Madrid como en las provincias. Mi abogado, á quien según creo usted conoce, vá cansándose de trabajar... un viaje le asusta... ¿Quiere usted, á falta de otra cosa mejor, aceptar la mitad de los negocios de mi casa?

FERNANDO. Caballero, lo que usted me ofrece es la opulencia; la opulencia honradamente adquirida. ¿Cómo no he de aceptarla?

PEÑALVER. Mañana le enviaré á usted dos ó tres legajos. (Levantándose. Fernando se levanta también.) No hay más que hablar.

FERNANDO. Cuánto tengo que agradecerle á usted y cuál deploro haberle tratado con la misma frialdad que á todo el mundo: con frialdad acaso mayor. Al entrar aquí, no sé qué sombra de tristeza... qué tedio inexplicable... ¡Los desgraciados somos tan recelosos!...

PEÑALVER. Y los abogados también, ¿no es verdad? (Dándole un golpecito en el hombro.) En fin, ya me conoce usted: ya somos amigos. Y ahora que tenemos las manos en la masa, ¿quiere usted que le diga todo lo que pienso? Pues bien, caballerito, está usted alojado como un estudiante. No apruebo yo la farsa y la charlatanería; pero si estimo indispensable conceder algo á la flaqueza humana, que siempre se deja llevar de las apariencias. Además, la índole de nuestras relaciones exige que se acerque usted un poco á mí. Vamos á ver: el cuarto entresuelo de esta casa está desalquilado. Un cuartito precioso. Es algo caro: diez mil reales: pero los ingresos conque usted puede contar en lo sucesivo... ¿Estamos conformes?

FERNANDO. Ruego á usted que me permita pensarlo un poco. (Algo turbado.)

PEÑALVER. ¿Quiere usted ver el cuarto?

FERNANDO. Oh, ¿para qué? No hay necesidad ..

PEÑALVER. Sí: véalo usted. (Hace sonar el timbre.)

FERNANDO. Pero... (Sale el Lacayo y Peñalver le habla en voz baja.) (Diez mil reales... Y luégo viviendo en la misma casa, tendría que asistir á reuniones, á bailes...)

PEÑALVER. Vaya usted con ese criado. Supongo que no se me atribuirá la intención de querer especular con usted. (Sonriéndose.)

FERNANDO. Creo que no. (Sonriéndose también.)

PEÑALVER. Hasta luego.

FERNANDO. Hasta luego. (Vase por el foro seguido del Lacayo.)

ESCENA X

PEÑALVER y ENRIQUETA

PEÑALVER. Estaba tan serio al principio, que llegué á sospechar...

ENRIQ. ¿Ha venido Chinchilla? (Saliendo por la izquierda quitándose los guantes.)

PEÑALVER. Sí.

ENRIQ. ¿Y qué?

PEÑALVER. Ya está colocado.

ENRIQ. Mucho me alegro.

PEÑALVER. Oye: hoy vendrá á visitarte con su señora un íntimo amigo mío.

ENRIQ. ¿Quién?

PEÑALVER. El Marqués de Río Janeiro.

ENRIQ. ¡Venir aquí la Marquesa! ¡Aquí esa mujer!

PEÑALVER. ¿Estás en tu juicio? ¿Qué significan tales aspavientos?

ENRIQ. Tu sangre fria me causa horror. Has debido comprender que á mis ojos no podía ocultarse lo que sucede.

PEÑALVER. ¿Celos, eh? Siempre estás viendo visiones. Dejémonos de niñerías, y hazme el favor de recibir afablemente á esos señores.

ENRIQ. ¿Qué remedio? Esta casa no me pertenece: no tengo derecho para cerrar sus puertas á nadie.

PEÑALVER. Ea: ya estamos en las nubes.

ENRIQ. Antonio, no te burles de tantos años de vergüenza, de remordimientos, de lágrimas.

PEÑALVER. Mil veces te he dicho ya que no acierto á explicarme la causa de tus amarguras. ¿Remordimientos? ¿Lágrimas? ¿Y por qué? Hazte más justicia á tí misma. ¿No eres una mujer honrada, mucho más honrada que las tres cuartas partes de aquellas cuya suerte envidias? Pues desecha escrúpulos necios y pueriles.

ENRIQ. ¡Ah! si tú pudieras comprender los tormentos que paso, quizá tendrías lástima de mí. ¡Te costaría tan poco librarme de este suplicio!

PEÑALVER. ¡Todos los días la misma canción!

ENRIQ. Y ¿cómo no he de hablarte siempre de lo que me importa más que la vida? Si algún bien me debes, si el honor de tu casa ha tenido en mí leal guardadora; si, á pesar de todo, te he querido y te quiero, haz que mi conciencia descanse; haz que, al darme señales de consideración y respeto, el mundo no se engañe; haz que sin vergüenza pueda yo abrazar á nuestros hijos. Desagraviemos á Dios, Antonio: sé mi marido: sea yo tu mujer.

PEÑALVER. ¡Enriqueta!

ENRIQ. Cada dia me parece mayor mi desgracia: cada día siento más irritada la llaga que me devora el corazón.

PEÑALVER. Vamos, tontuela, tranquilízate y no delires. Tu conciencia no sabe lo que se hace al reconvenirte por una falta, que, si falta se puede llamar, no es tuya, sino mía, mía exclusivamente. Cuando accediste á huir de tu casa, creías firmemente, porque así te lo había asegurado yo, que nuestra unión iba á verificarse con arreglo á las formalidades de costumbre. Luego cambié de parecer. Sin dejar de amarte, quise conservar cierta independencia. Conque lo dicho: la culpa es sólo mía. Vive en paz, y no te aburras ni me aburras con vanas quimeras.

ENRIQ. ¡Quimeras! ¿No temes que los sagrados sentimientos y eternas verdades á que llamas quimeras y que te complaces en ultrajar, se vuelvan un dia contra ti, y tomen cruel venganza de tu desdén y tus sarcasmos?

PEÑALVER. ¡Ta, ta, ta! Ya conoces mis opiniones acerca de este particular. Soy dueño de mí, no temo nada.

ENRIQ. Pero, ¿y tus hijos? ¿No quieres á tus hijos? ¿Cómo no se te ocurre la idea de que algún día pudieran maldecirte?

PEÑALVER. ¿Por qué me habían de maldecir? Su suerte quedará bien asegurada, si antes de que yo falte, no me dan motivo de queja. Si se hiciesen indignos de mi bondad, su maldición me importaría muy poco.

ENRIQ. Pero advierte, ya que lo único que á ti te importa es tu propio interés, que, si ese mundo de que todo lo aguardas, placeres, riquezas, honores; que, si ese mundo supiera mañana que le has estado engañando con audacia increíble, y que, al llamarle al salón de tu esposa, le llamabas al salón de tu querida, advierte que no me perdería yo sóla; que tú te perderías también.

PEÑALVER. ¿Es eso una amenaza, mi vida? Pues si lo es, te digo que estás muy equivocada. Tú sí te perderías, tu sí: yo no. El mundo es tan severo y cruel para con vosotras, como para con nosotros indulgente y benévolo. Dentro de un par de meses... antes, nadie recordaría mi falta: la sociedad se arrastraría á mis piés adulándome tanto como ahora... tal vez más. Cuando gustes, puedes hacer la prueba.

ENRIQ. ¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre! (Dejándose caer en una silla.)

PEÑALVER. Silencio.

ESCENA XI

PEÑALVER, FERNANDO y ENRIQUETA

Sale por el foro seguido de un Criado, que se va en seguida. Peñalver se adelanta á recibir á Fernando.

FERNANDO. El cuarto es precioso, con efecto.

PEÑALVER. ¿Y se decide usted á tomarle?

FERNANDO. (Animo.) Sentiría que usted...

PEÑALVER. ¡Oh, no! ¡Qué disparate!

FERNANDO. Pues bien, prescindiendo del precio, que es algo subido para mí, otras razones... Francamente: gusto

de la soledad. Deseo vivir con absoluta independencia y...

PEÑALVER. No se hable más del asunto.

FERNANDO. Doy á usted mil gracias por todo y con su permiso... (Alargando la mano á Peñalver como para despedirse y reparando en Enriqueta.) ¡Ah! Esta señora...

PEÑALVER. Mi esposa. El señor don Fernando Vidal. (Presentándole á Enriqueta.)

FERNANDO. Creo que he tenido el gusto de ver á esta señora en otra ocasión.

ENRIQ. Sí; cierto: en casa de un pobre nos vimos días ha; de un pobre que tiene un pleito y á quien usted defiende de balde. Ignoraba su nombre de usted: sus nobles cualidades me eran ya conocidas.

FERNANDO. ¡Señora!... (Óyese en el foro ruido de voces.)

PEÑALVER. ¿Qué es eso? (Yendo hacia el foro.)

ESCENA XII

DICHOS, CECILIA y luego GARCÍA

Sale por el foro con un ramito de violetas en la mano, y se acerca corriendo á Peñalver con infantil alegría. Luego ve á Fernando, le saluda ligeramente y baja un poco la voz. Fernando hace un gesto de sorpresa.

CECILIA. Para mí si está. ¿Verdad, papá, que sí estás para mí?

PEÑALVER. ¿Qué me quieres, hija?

CECILIA. Antes no pude verte. Mira, te traigo tu ramito de violetas. Ya sabes que hasta que te doy estas flores todos los días, no tengo un instante de sosiego.

PEÑALVER. ¡Locuela! (Tomando el ramo que le da su hija, y colocándole en un vasito con agua que habrá encima de la mesa.)

FERNANDO. (¡Qué casualidad!)

CECILIA. (Sí: ¡no me engaño!...) (Mirando á Fernando.)

PEÑALVER. Con que aceptada mi primera proposición, y negada la segunda. (Acercándose á Fernando. Cecilia se acerca y

habla bajo á Enriqueta, que permanece sentada muy triste y pensativa.)

FERNANDO. La verdad es que usted tiene razón. Y cuanto más pienso en ello... No quisiera ser escrupuloso hasta un punto ridículo; y si usted cree de veras que hoy ya puedo arriesgarme á tomar un cuarto de ese precio...

PEÑALVER. Lo creo firmemente y salgo fiador por usted.

FERNANDO. Entonces... (Mirando á Cecilia, que también le mira á él.)

PEÑALVER. (¡Oiga!) (Mirando á Fernando y Cecilia.) Lo celebro en el alma... Será usted mi abogado, mi inquilino, y mi amigo también, mi amigo sobre todo.

FERNANDO. ¡Ojalá pueda yo corresponder á tantas bondades! No molesto á usted más. ¡Caballero!... (Dándole la mano.)

PEÑALVER. Hasta mañana, ¿eh?

FERNANDO. ¡Señora!... ¡Señorita!... (Saludando á Enriqueta y Cecilia, que le devuelven el saludo.) (¡Sí, ella es!...)

CECILIA. (Él es: no hay duda.)

GARCIA. ¡Oh!... (Encontrándose con Fernando cerca de la puerta del foro y dando al verle un grito de sorpresa.)

FERNANDO. ¿Qué? (Deteniéndose.)

GARCIA. Nada... Usted perdone, caballero. (Procurando dominar su emoción. Vase Fernando por el foro.)

ESCENA XIII

PEÑALVER, ENRIQUETA, CECILIA y GARCÍA

CECILIA. Díme, papá: ¿quién es ese joven? (Corriendo al lado de Peñalver en cuanto desaparece Fernando.)

GARCIA. Señor... señor... ¿quién es ese joven? (Viniendo precipitadamente al lado de Peñalver, dando señales de asombro y turbación.)

PEÑALVER. Ese joven es un joven. (Á su hija.)

CECILA. Como no me digas más que eso...

GARCIA. ¿Quién es, señor, quién es?

PEÑALVER. Don Fernando Vidal. (Á García volviéndose hacia él.)

GARCIA. ¡Vidal!

CECILIA. ¿Es amigo tuyo? (Á Peñalver trayéndole hacia sí.)

PEÑALVER. Sí: y va á ser mi inquilino. Ha tomado el cuarto entresuelo.

CECILIA. ¿De veras? (Con alegría candorosa.)

GARCIA. ¡El hijo de mi principal! Me lo había figurado. ¡Conque está en Madrid!

PEÑALVER. Puedes recoger la cartera.

CECILIA. (¡Quién pensara!...)

GARCIA. (¿Será este un aviso del cielo?) (Dirigiéndose hacia la mesa. Coge la cartera y mete en ella varios papeles.)

ESCENA XIV

DICHOS y CHINCHILLA

Sale precipitadamente por el foro dando señales de cansancio.

CHINCH. Aquí me tienes otra vez.

PEÑALVER. ¿Pues cómo?

CHINCH. Señora, le debo á usted la felicidad. (Acercándose á Enriqueta.) Señorita... (Saludando á Cecilia.) Verás. Te traigo una buena noticia. He querido ser el primero en dártela. Vengo rendido.

PEÑALVER. ¡Una buena noticia!

CHINCH. Digo buena... Es mala... pero es buena.

PEÑALVER. Explícate.

CHINCH. Casualmente acabo de saber que ese Molina, el diputado por Illescas, ha muerto esta noche pasada. ¡Qué suerte tienes, hombre, qué suerte!

PEÑALVER. ¿Conque al fin triunfaron los médicos?

CHINCH. Sí: el pobre señor...

PEÑALVER. Es una pérdida muy sensible... para él sobre todo.

CHINCH. ¿Y no saben ustedes? Es seguro que se va á declarar la guerra á los marroquíes. Si no fuera por mi

mujer y por mis cuatro hijos, y por tu candidatura...

EL LACAYO. Los señores Marqueses de Río Janeiro. (Desde la puerta del foro.)

ENRIQ. ¡Oh! (Levantándose rápidamente y ahogando un grito que se le iba á escapar.)

CECILIA. ¿Qué es eso? ¿Tienes algo, mamá? (Acercándose á ella. Peñalver observa á Enriqueta.)

ENRIQ. No, nada, hija mía.

PEÑALVER. Que pasen á la sala. (Al Lacayo, que se va.)

ENRIQ. (¡Dios mío, ten piedad de mí, tenla de él!)

PEÑALVER. Es preciso que te vayas á Illescas mañana mismo.

CHINCH. ¡Me iré: te haré diputado, te haré ministro!

GARCIA. (¡Él en esta casa!) (Habrá permanecido cerca de la mesa abstraído en profunda meditacion.)

CECILIA. (¡Él tan cerca de mí!...) (Habrá permanecido á la izquierda pensativa.)

PEÑALVER. ¿Vamos? (Á Enriqueta en tono afable y mirándola con severidad.)

ENRIQ. Sí, vamos. (¡Por mis hijos!) (Dirígense hacia el foro Peñalver y Enriqueta, y detrás de ellos Chinchilla. García y Cecilia permanecen en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero.

ESCENA PRIMERA

PEÑALVER y ENRIQUETA

Peñalver sentado cerca del bufete escribiendo cartas: Enriqueta de pie enfrente de Peñalver.

ENRIQ. ¿No me oyes?

PEÑALVER. Sí: te oigo perfectamente. Continúa. (Sin dejar de escribir.)

ENRIQ. Pues ya lo sabes: tu hija está enamorada.

PEÑALVER. Un capricho fugaz.

ENRIQ. No conoces bien á Cecilia. Los jóvenes más ilustres y más ricos de Madrid en vano han suspirado por ella. Al fijarse en un hombre pobre y obscuro, da señal evidente de la verdad de su cariño. Y no lo dudes: Cecilia es de esa raza de nobles mujeres que aman sólo una vez.

PEÑALVER. ¿Y él?

ENRIQ. Él está ciego, loco.

PEÑALVER. Se habrá declarado.

ENRIQ. No conoces tampoco á Vidal. Antes procura con empeño evitar las ocasiones de ver á Cecilia, y sobre todo las de estar á solas con ella. Díjome ayer que pensaba irse de Madrid y que no osaba manifestártelo. Ya comprenderás por qué se quiere ir. ¿Ves qué proceder tan hidalgo y generoso?

PEÑALVER. ¡Oh, sí, muy hidalgo, muy generoso! Está visto: el ser que se llama inteligente es un loco de atar.

ENRIQ. Siempre á ti ha de moverte á risa lo que merece admiración. Pero di: ¿apruebas estos amores? ¿Consentirás en que tu hija se case con Vidal? (Con vivo interés.)

PEÑALVER. No digo que no.

ENRIQ. ¿De veras? ¡Qué alegría!

PEÑALVER. Tampoco digo que sí.

ENRIQ. ¿No tiene ese joven mucho talento? ¿No es un modelo de honradez y virtud?

PEÑALVER. Bien, sí: veremos.

ENRIQ. Considera que urge tomar una resolución. Permitir que se vean y que eche raíces su cariño, no sería prudente, si luego les ha de estar vedado quererse.

PEÑALVER. Tienes razón: pensaré en ello.

ENRIQ. Haz felíz á mi hija, y ¿qué más? te perdono.

PEÑALVER. Eres incorregible.

ESCENA II

DICHOS, RICARDO y el LACAYO

RICARDO. Di, papá: ¿se alquiló ya el cuarto segundo?

PEÑALVER. ¿Por qué lo preguntas?

RICARDO. Porque ahora están subiendo muebles.

PEÑALVER. Sí: ya se alquiló.

ENRIQ. ¿Quién viene á ocuparle?

PEÑALVER. Sé que anoche volviste á jugar. (Como para excusar el dar contestación á Enriqueta.)

RICARDO. Pero no perdí. La vida del hombre malo, ya lo sa-

bes, es juega y pierde. Con que ahora no reza conmigo.

ENRIQ. Hijo, por Dios: procura enmendarte. ¿Por qué no tomas ejemplo del señor Vidal?

RICARDO. Pero mamá, si yo no tengo vocación de cartujo.

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. ¡Chinchilla en Madrid! Dejadme. Tendremos que hablar.

RICARDO. En cuanto seas diputado has de pedir para mí la gran cruz de Carlos tercero. (Vanse Enriqueta y Ricardo por la izquierda.)

ESCENA III

PEÑALVER y CHINCHILLA

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿A qué vienes? Nada bueno anuncia tu cara. ¿Me quedaré compuesto y sin novia?

CHINCH. No, eso no: pero tu adversario, el candidato ministerial, es el mismo demonio. Para conseguir el triunfo, no hay arma que no le parezca buena; y con la que ahora ha empezado á esgrimir, puede darnos un susto, si no se le sale al paso inmediatamente.

PEÑALVER. ¿Qué arma es esa? Explícate.

CHINCH. Una calumnia clara, evidente, pero tan bien urdida... presentada á tan buena luz... Ya sabes que Heredia, tu rival, es de Cádiz.

PEÑALVER. Sí. ¿Y qué?

CHINCH. Que él y sus amigos hacen correr infames hablillas acerca del origen de tus riquezas. Háblase de la quiebra de tu socio Vidal, suponiendo que tú contribuiste á ella con miras interesadas. Ignorante de las circunstancias de tu vida en aquella época, vengo á que me informes de todo para poder dar á tales voces una respuesta categórica.

PEÑALVER. Ay, amigo querido, no es nueva esa calumnia. Bien comprenderás que nadie logra tener millones sin que las serpientes de la envidia se vuelvan contra él. En pocas palabras te convenceré de que el origen de mis riquezas es puro y legítimo. Asociéme con Vidal, en efecto, para beneficiar una mina de oro en el Brasil. Envióse allá un ingeniero de los más reputados, y cuando ya se habían hecho gastos enormes, salimos conque en la dichosa mina se encerraba la misma cantidad de oro que en tus bolsillos, el día que por vez primera nos vimos aquí. Yo me retiré de la sociedad. Vidal, con obstinación que rayaba en locura, se empeñó en seguir adelante, y acabó al fin por arruinarse. Mira si todo ello no está más claro que la luz.

CHINCH. Sí, al parecer... Pero yo no entiendo jota de negocios, y tus enemigos dicen que después de muerto Vidal recobraste la mina, y que te has enriquecido con ella.

PEÑALVER. Pues dicen la verdad. No había tal mina de oro, ya lo has oído: la mina era de cobre. Algún tiempo después, cuando no la quería nadie, tuve la suerte de descubrirlo, y entonces solicité y obtuve su concesión. ¿Hay en esto algo malo?

CHINCH. No, nada. Y sin embargo, vé tú ahora á explicar todas esas menudencias á los electores, á gentes de cortos alcances, en cuya imaginación ha hecho presa una calumnia sencillamente formulada. Recuerda el dicho vulgar: calumnia, que algo queda.

PEÑALVER. Pero tú, querido, puedes hacer uso de un argumento que hablará también á su imaginación. Fernando Vidal habita en mi propia casa y es mi abogado y mi íntimo amigo. ¡Qué diablos! No aceptaría ese joven favores de mi mano, si yo hubiese contribuído á la ruina de su padre.

CHINCH. Eso, con efecto, ya es algo . algo, pero no lo bastante.

PEÑALVER. ¿Más quieres? Pues bien, la calumnia será contestada de un modo que no deje lugar á la réplica: dirás que el hijo del hombre á quien se supone que yo arruiné, va á ser esposo de mi hija. Si te parece conveniente, el mismo Fernando Vidal en persona se lo participará á los electores.

CHINCH. Pero, ¿qué, eso es verdad? (Con alegría.)

PEÑALVER. La unión puede verificarse dentro de breves días, con sólo que yo lo quiera así, y yo así lo quiero. Mi intención era casarlos. Lo mismo da que se casen un poco antes que un poco después. No habrás dejado de notar que esos chicos se miran con buenos ojos.

CHINCH. ¡Vaya si lo he notado! ¡Y por cierto que este negocio me daba mala espina! Deliro por los dos, y en paz sea dicho, no creía que tú permitieras este enlace.

PEÑALVER. ¿Por qué no? Vidal carece de bienes de fortuna, pero es un mozo de provecho. Quiere á Cecilia, Cecilia le quiere á él. ¿Pues había yo de oponerme á su felicidad?

CHINCH. ¡Bravo, Antonio, bravo y mil veces bravo! (Estrechándole las dos manos con efusión.) Esa manera de pensar te honra. Esos sentimientos son propios de un buen corazón, de un corazón honrado, noble, generoso... Y luego dirán... Porque se los come la envidia... ¡Pícaros!... ¡Bellacos!... ¡Tunantes!... ¡Qué mal te conocen!...

PEÑALVER. Vuélvete á Illescas y haz cundir la noticia.

CHINCH. ¡Y toma si la haré cundir! De puerta en puerta gritaré: Fernando Vidal va á casarse con la hija de mi candidato. ¡Mi candidato es un hombre de bien, y el que diga lo contrario miente y remiente! Y á fe que si llegan á hinchárseme las narices, pudiera yo hacer en Illescas una de las mías. ¡Pues si ahora con la guerra de África estoy que se me bailan los pies, y no veo el instante de armar un poco de bullanga!

PEÑALVER. Nada de eso: al contrario; mucho juicio, mucha prudencia. Mañana probablemente te enviaré á Vidal para que esa noticia quede bien confirmada. Yo hago pronto las cosas. Cecilia vendrá ahora á traerme el consabido ramito de violetas, y ahora mismo... ¿No dije? Aquí la tienes.

ESCENA IV

DICHOS y CECILIA

Sale por la izquierda con un ramito de violetas en la mano.

PEÑALVER. Muy buenos días, señorita.

CECILIA. Buenos días, papá. (Abrazándole y dándole el ramo, que Peñalver coloca en el vaso que hay encima de la mesa.) Hola, señor Chinchilla. (Corriendo hacia Chinchilla y dándole la mano con mucha afabilidad.) ¿Usted en Madrid? ¿Cómo va?

CHINCH. ¡Va bien... muy bien... no puede ir mejor! (Con mucho calor.) Y cuando vea usted al amigo Vidal...

CECILIA. ¿Á Vidal?

CHINCH. Dígale usted... ¡Dígale usted que me alegro con toda el alma! (Con énfasis.)

CECILIA. ¡Que se alegra usted! ¿De qué? (Con extrañeza y acercándose más á Chinchilla.)

CHINCH. ¿De qué?... Pues... De que esté bueno. (Sin saber qué decir.) Adiós, niña de mis ojos. (Estrechándole la mano con íntima alegría.) Adiós, tú. Me vuelvo á la ínsula. ¡Ahora sí que respondo de la victoria! (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA V

PEÑALVER y CECILIA

CECILIA. ¿Qué le pasa?

PEÑALVER. Que está muy alegre porque el asunto de mi elec-

ción camina viento en popa. Cecilia, es preciso que los dos hablemos un poquito de cosa muy seria. Tengo que participarte una resolución acerca de la cual, escúchalo bien, no admito réplica. Sabes que no gusto de que se me replique en nada.

CECILIA. ¡Me asustas!

PEÑALVER. He resuelto casarte.

CECILIA. ¡Ay, papá! (Con espanto y retrocediendo.)

PEÑALVER. ¡Cuidado conmigo!

CECILIA. ¡Pero, papá... (Temblando de un modo visible.)

PEÑALVER. Aguarda. (Hace sonar el timbre.) Si está en su casa el señor Vidal, que tenga la bondad de subir. (Al Lacayo, que se presenta en la puerta del foro, y el cual se va en cuanto recibe la orden de Peñalver.)

CECILIA. ¿Pues qué, papita mío?... (Manifestando encontrados afectos de duda y esperanza.)

PEÑALVER. Antes, ¡papá! y ahora papita mío, ¿eh? (Remedando á Cecilia.)

CECILIA. ¿De veras?... ¿Debo creerlo?... ¿Con él?... ¿Es con él?...

PEÑALVER. Ó un convento: ¡elige!

CECILIA. ¡Ay, papá de mi vida! ¡Ay, Dios de mi alma! (Reclina la cabeza en el pecho de Peñalver y llora.)

PEÑALVER. ¡Hija infelíz! (Con énfasis cómico.) ¡Cómo llora de pena!

CECILIA. No... si no es de pena... (Alzando un poco la cabeza para mirar á su padre y sonriéndose.)

PEÑALVER. Le quieres, ¿verdad?

CECILIA. Más de lo que se puede explicar con palabras. ¡Me habías dado un susto! ¡Y si vieras qué malos ratos he pasado figurándome si no lo llevarías á bien! Decía yo para mis adentros: ¡Este papá mío debe estar ciego y tonto! Perdona, pero ciego y tonto decía. ¿Cómo no ve lo que pasa? ¿Cómo no trata de ponerle remedio? Y á veces, irritada de que no se me defendiese contra mí misma, sentía tentaciones de ponerme á gritar: ¡Eh, papá, despierta, abre los

ojos, apártale de mí; apártale de mí en seguidita, si no quieres que le ame con frenesí y que le dé todo mi corazón! ¡Pero qué! Ya era tarde: mi corazón era ya suyo: conocía que sin él me hubiera faltado el aire, la luz. ¡Gracias á Dios, gracias á tí, por fin aliento y soy dichosa; pero no así como se quiera, sino muy dichosa... muy dichosa!... ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea mi padre! (Echándole á Peñalver los brazos al cuello y mirándolo con zalamería.)

PEÑALVER. Pues señor, bien: te casarás. Sólo pongo una condición.

CECILIA. Admitida.

PEÑALVER. Por motivos que no hay para qué explicarte, el casamiento se celebrará sin ostentación ni ruido fuera de Madrid y de España quizá.

CECILIA. Cáseme yo con él, y aunque sea en Pekín.

PEÑALVER. Pero, ahora caigo... ¡Se me ocurre una dificultad!...

CECILIA. ¡Una dificultad! (Asustada.) No señor: no hay dificultad que valga.

PEÑALVER. No sabemos si tu madre será gustosa...

CECILIA. Muy gustosa. De fijo.

PEÑALVER. ¡Pues esta es más negra!

CECILIA. ¿Qué se te ocurre ahora? (Con despecho.)

PEÑALVER. Que tampoco sabemos si querrá el novio.

CECILIA. Mira: á mí se me figura que sí querrá. (Bajando los ojos y con infantil malicia.)

PEÑALVER. Mira: á mí también se me figura lo mismo. Pero esto va á ser el mundo al revés. ¿Te ha dicho algo?

CECILIA. Ni esto. La boca muy cerrada, y con los ojos muy hablador.

PEÑALVER. Ni de su discreción y comedimiento hay que esperar que se declare. De modo que en vez de ser él quien te pida, habré yo de ser quien te ofrezca, y esto, como ves, no estaría muy en el orden.

CECILIA. Si tú quisieras que yo le animase un poco. (Con timidez.)

PEÑALVER. ¡Te halaga la idea de ser quien primero le dé á entender su desventura!

CECILIA. Sí, porque si no me engaño, se va á llevar el pobre un susto... muy agradable.

PEÑALVER. ¡Pobrecillo! Pues corriente: quedas autorizada para hacerle comprender así, de cierto modo, que si se dignase pedirme tu mano, yo se la daria tal vez. ¿Oyes? (Mirando hacia el foro.) ¡Ahí viene la víctima!

CECILIA. ¡Ay, qué miedo me da!

PEÑALVER. Voy al escritorio. Si me busca el señor García, que ya le avisaré cuando pueda verle.

CECILIA. Sí... bueno...

PEÑALVER. ¿Tiemblas?

CECILIA. Como una azogada.

PEÑALVER. ¡Hay trances muy amargos en esta vida! ¿Qué remedio? Valor. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

CECILIA y FERNANDO

CECILIA. ¡Pero qué miedo tan horrible!

FERNANDO. Perdone usted, señorita... Su señor padre me ha enviado á llamar... (Dirigiéndose hacia la derecha.)

CECILIA. Ha tenido que ir al escritorio. Por encargo suyo ruego á usted que se sirva esperarle. Siéntese usted.

FERNANDO. Gracias, señorita. (Pausa. Los dos dos se quedan sin saber qué decir.) ¿Ha descansado su mamá de usted?

CECILIA. Sí señor; ha descansado. (Muy turbada y como buscando medio de explicarse.) ¡Y qué bien estuvo el baile de la señora de Quintana!

FERNANDO. ¡Oh, muy bien! (Otra breve pausa.) Aquella galería es preciosa. (Como encontrando que decir.) Tantas flores y tantas luces producían un efecto admirable.

CECILIA. ¿Verdad que sí? Tantas luces y tantas flores... (¡Caramba, qué difícil es esto! (Otra breve pausa.)

FERNANDO. Ya hace tres años que enviudó la señora de Quintana, ¿verdad?

CECILIA. Sí, ya hace tres años que enviudó la señora de... (¡Vaya si es difícil!) ¡Tiene usted en ella una amiga, que ya!

FERNANDO. ¿Sí?

CECILIA. ¡Oh! le quiere á usted mucho. ¿No lo sabía usted?

FERNANDO. No. ¡Es tan amable!

CECILIA. Anoche decía de usted cosas que no me atrevo á repetir, temiendo ofender su modestia. Sólo le encuentra á usted una falta.

FERNANDO. ¿Una sola?

CECILIA. Dice... que es usted... algo tímido. Algo tímido. ¿Oye usted?

FERNANDO. ¿Tímido? No. Soy distraído... nada comunicativo, por lo regular... ¡Como no siempre ha sido mi vida tan dichosa!

CECILIA. Pues nada: ella dice que es usted... muy tímido. Por lo demás, le tributó las mayores alabanzas del mundo. Según nos dijo, no hay virtud ni perfección de que usted carezca, y por usted sería capaz, á tener algunos años menos, de faltar á su propósito de no contraer segundas nupcias. Sólo que, añadió, es tan tímido, que me vería obligada á ofrecerle mi mano, porque lo que es él no me la pediría nunca.

FERNANDO. De fijo que no. (Sonriéndose.)

CECILIA. Ya... sí... Pero como en el mundo hay otras mujeres que no son viejas... (Un poco enfadada.) Créalo usted: esa timidéz le hace poco favor. Usted me perdonará que le diga cosas tan fuertes.

FERNANDO. Se lo agradezco á usted mucho, por lo contrario. Pero, la verdad, eso de que yo soy tímido...

CECILIA. Pues ea, sí señor; lo es usted. (Sofocada y sin poderse contener.) Digo... quiero decir que no se distingue usted por la osadía, por el arrojo... (Reprimiéndose y dando vueltas en derredor del bufete, como para buscar ó

arreglar algo.) Un poco de audacia sienta bien en los hombres... Nosotras no estamos obligadas á tener audacia. Y mire usted: á veces somos muy atrevidas... ¡Ay, y tanto! Pero lo que es usted... También cree lo mismo papá... Conoce su mérito, eso sí; pero reprueba una delicadeza tan exquisita... una circunspección tan exagerada... Todo extremo es vicioso... dice papá. Usted no le pide nada... y él quizá le daría á usted... mucho.

FERNANDO. ¡Señorita!... (Dudoso y turbado.)

CECILIA. Mucho... ¡Caballero!... (Saludándole con gravedad y retirándose poco á poco.) Mucho. (¡Qué angustia!) (Respirando como para reponerse del esfuerzo que acaba de hacer.) (Si no lo entiende, que se vaya á paseo.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII

FERNANDO

¿Qué ha querido darme á entender? No me hubiera hablado así, á no tener licencia para ello. Ca, no. ¡Es tan candorosa... tan inocente!... Alguna frase benévola de su padre puede haberle hecho creer... Quizá, á fuer de generoso, olvidaría el señor Peñalver que soy pobre. ¿Cómo ha de olvidar que soy hijo de un comerciante fallido, y que mi nombre está cubierto de ignominia? Con todo... Cecilia ha insistido de una manera... estaba tan conmovida... tan alegre y turbada á la vez... Su padre quiere verme... Dios mío, ¿vas á compensar en un solo día las amarguras de tantos años? ¡Espanta una felicidad así! ¡Quizá no pudiera yo soportarla!

ESCENA VIII

FERNANDO y GARCÍA

Sale por la misma puerta por donde se fué antes Cecilia.

GARCIA. ¿Es cierto lo que la señorita Cecilia me acaba de decir? (Con ansiedad, viniendo hacia Fernando precipitadamente.)

FERNANDO. ¿Qué?

GARCIA. ¿Que va á casarse con usted: que su padre consiente en ello?

FERNANDO. ¿Eso ha dicho? ¡Con que era verdad! (Con júbilo.)

GARCIA. ¿La ama usted?

FERNANDO. Más que á mi vida.

GARCIA. ¡Harto lo conocía yo!

FERNANDO. ¡El corazón no me cabe en el pecho!

GARCIA. Á usted y á ella los he visto nacer; y sin embargo... no hay remedio. Fernando Vidal, usted no puede ser esposo de Cecilia Peñalver.

FERNANDO. ¿Qué?... ¡Cómo!... No entiendo.. (Con asombro.)

GARCIA. Desde que le hallé á usted aquí, todos los días he querido romper un silencio que es ya delito. Pero tuve únicamente valor para decirle á usted que serví á su padre mucho tiempo y que puedo jurar que su quiebra fué desdicha y no culpa.

FERNANDO. Y yo así lo creía antes que usted me lo dijera. Maldigan otros su memoria: ¡yo la respeto y la bendigo! En todo caso la hubiera bendecido también. ¡Fué mi padre! ¡Fué tan desdichado!

GARCIA. ¡Oh, muy desdichado! Un día me mandó llevarle á usted á casa de su tía. Era usted una criatura y sin saber por qué lloraba, ¡lloraba tanto! Al volver, hallé al infeliz en la antesala: estaba esperándome. ¿Y mi hijo? preguntó. Con su tía, le respondí. Se entró en su cuarto, y un momento después... ¡Ah,

qué horror! (Llevándose las manos á la cabeza con expresión de espanto.) ¡Aun me parece estarle viendo!

FERNANDO. ¡Padre! ¡Padre mío! (Llorando.) Pero eso, ¿qué relación guarda con mis amores?

GARCIA. No le veía á usted... ignoraba su paradero... Aun viéndole, aun teniéndole tan cerca, he dudado... he retrocedido ante los dolores que iba á causar. Hoy ya no dudo: hoy el cielo quiere que hable.

FERNANDO. Acabe usted ¿No comprende que debo estar pasando un tormento horroroso?

GARCIA. Su padre de usted era inocente.

FERNANDO. ¡Oh, qué rayo de luz! ¿Tiene usted pruebas de su inocencia?

GARCIA. Le engañaron, le vendieron inicuamente.

FERNANDO. ¿Quién le engañó?

GARCIA. ¡Un malvado que sobre aquella tumba sangrienta levantó el alcázar de su fortuna!

FERNANDO. ¿Y quién es ese malvado, quién es?

GARCIA. Harto lo adivina usted... Á gritos se lo está diciendo su corazón.

FERNANDO. Yo no adivino nada: mi corazón nada me dice. Hable usted.

GARCIA. No quiere usted adivinarlo. Al lado de ese hombre, hay seres inocentes y puros, á quien usted ama y respeta: á quien yo respeto y amo también.

FERNANDO. Hable usted pronto. ¿Quién engañó á mi padre?

GARCIA. El autor de la ruina de su padre de usted es el dueño de la casa en que estamos.

FERNANDO. ¡Oh! (Dando un grito terrible.) Las pruebas.

GARCIA. Serénese usted.

FERNANDO. Las pruebas, antes que pierda la razón.

GARCIA. La puerta que hay al fin de ese corredor es la de mi despacho. (Llevándolo á la derecha, primer término, y señalando hacia dentro.) Tome usted esta llave. (Dándole una que saca del bolsillo.) Abra usted el cajón de la mesa. En el fondo encontrará usted un legajo de papeles cerrado con lacre y sello...

FERNANDO. Basta. ¿Será que estoy soñando? (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

GARCÍA y PEÑALVER

GARCIA. ¡Terrible es algunas veces el deber! Cumplí al fin con el mío. Suceda lo que quiera. ¡Qué peso me he quitado de encima!

PEÑALVER. ¿No ha venido aún el señor Vidal? (Sacando de la petaca un cigarro.)

GARCIA. Está en mi despacho. Muy luego vendrá aquí.

PEÑALVER. ¿Y qué hace en tu despacho? (Sentándose.)

GARCIA. Leer una carta y apuntes relativos á su persona en cierta manera.

PEÑALVER. ¿Qué carta, qué apuntes son esos? (Tomando de encima de la mesa una caja de roble tallado y sacando de ella un fósforo que enciende.)

GARCIA. Una carta y unos apuntes que le informarán de cómo hubo un hombre que, engañando á su padre, ocasionó su ruina y su muerte.

PEÑALVER. ¿Eso has hecho, viejo infeliz? (Levantándose de pronto, tirando el cigarro, y yendo frenético hacia García.)

GARCIA. Porque soy un viejo infeliz, he querido antes de abandonar este mundo, rendir tributo á la verdad, á la justicia, y al que es fuente de toda justicia y de toda verdad. Usted no cree en nada: yo creo en Dios. Tan viejo y tan infeliz como soy, le llevo á usted esa ventaja.

PEÑALVER. Bien está. (Dominando su cólera.) Alguna vez había creído notar que usted abrigaba ridículas sospechas: alguna vez había llegado á presentir que sería usted capáz de calumniarme. ¿No me dirá usted cómo siendo persona de tanta conciencia, ha podido aceptar durante veinte años los beneficios de un hombre á quien juzgaba tan poco benévolamente?

GARCÍA. Cuando entré en su casa de usted no abrigaba el

menor recelo. Hasta mucho tiempo después no hallé casualmente, arreglando papeles abandonados de un estante muy antiguo, una carta del ingeniero que fué al Brasil, con objeto de reconocer la mina. Entonces, es verdad, debí alejarme de usted; pero tenía familia... era ya viejo... La vejéz y la necesidad hicieron en mí sus naturales oficios. Hoy expío aquella vergonzosa debilidad con una de las mayores angustias que pueden atormentar el corazón humano.

PEÑALVER. Bien está. (Con calma, sentándose.) Pero supongo que usted que tanto ama la justicia, estimará justo precisar las acusaciones que me dirige, para que yo pueda contestar á ellas.

GARCÍA. Lo estimo justo, sí señor. En esa carta ratificábase el ingeniero en que no existía la mina de oro, añadiendo que según señales que estimaba evidentes, con sólo variar un poco la dirección de los trabajos, se hallaría una excelente mina de cobre La carta venía dirigida al señor Vidal: el señor Vidal no tuvo de ella conocimiento, y luego se ha encontrado en poder de usted. Con esta noticia de que usted únicamente era sabedor, y bien informado de los grandes apuros en que el señor Vidal se encontraba, pidió usted y obtuvo, hiriendo su extremada delicadeza, la anulación de la escritura social que á él y á usted los obligaba solidariamente á sufragar los inmensos gastos que se habían hecho y se estaban haciendo para la explotación de la mina. Vidal se arruinó, como usted había previsto: Vidal se mató: usted no lo había previsto, sin duda. Poco tiempo después, la mina fué de usted solo y desde entonces le está produciendo sobre ochocientos mil reales al año. Cuanto acabo de decir es lo que digo por escrito en los apuntes que con la carta del ingeniero existen ya en poder del hijo de aquel desventurado.

PEÑALVER. Bien está. Muchas gracias, señor García.

GARCÍA. ¿Debo irme ahora mismo ó esperar á qué se haga la liquidación de fin de mes?

PEÑALVER. Comunicaré á usted mis órdenes. (Fernando sale por donde antes se fué, pálido y muy abatido. Peñalver se levanta. Míranse Fernando y García, y luego éste se va.)

ESCENA X

PEÑALVER y FERNANDO

Largo rato de silencio.

PEÑALVER. Espero, señor Vidal, que usted apreciará en su justo valor el dicho de un anciano debilitado por la edad, y que me paga veinte años de bondades con una baja delación.

FERNANDO. También yo, caballero, he recibido favores de usted. La gratitud... otros sentimientos no menos eficaces, me aconsejan hablarle con cierta mesura, que ojalá sea compatible con mi deber. La conducta observada por ese anciano, con menoscabo de sus intereses, á costa de su tranquilidad, no puede ser en manera alguna sospechosa. Lo que de palabra y por escrito asegura, él lo cree de buena fe. Lo que yo creo por mi parte, voy al punto á manifestárselo á usted, rogándole anticipadamente que me perdone, si á causa de la perturbación que mi ánimo padece, se escapa de mis labios alguna palabra que en lo más mínimo le pueda mortificar.

PEÑALVER. Hable usted.

FERNANDO. Un día, en los principios de su carrera, vió usted de pronto su naciente caudal, su reputación, todas sus esperanzas á pique de hundirse en un abismo. Que el medio de que usted se valió para evitar esta desgracia y aun para convertirla en mayor provecho, le pareciese á usted lícito ó disculpable: que

no previese usted las funestas consecuencias que podía tener su conducta; lo creo, quiero creerlo. Pero es el caso que ya no puede usted alegar ignorancia; ya sabe usted que en el fondo de aquella acción, que estimó pasadera, se ocultaba la ruina de cien familias, la deshonra y la muerte de un hombre de bien. (Muy conmovido.) ¿No le parece á usted que sería justo reparar este daño en cuanto hoy cabe en lo posible?

PEÑALVER. Tenga usted la bondad de explicarse.

FERNANDO. Tenga usted la bondad de entenderme. Lo que exijo de usted, bien lo veo, es un sacrificio heróico; pero usted no puede menos de conocer que mi súplica está en su lugar, que es deber suyo hacer que se cambien en gritos de amor y bendición los ultrajes y anatemas durante muchos años lanzados contra la memoria de un inocente. Sí, caballero, yo se lo ruego á usted: cumpla usted con generoso valor una obligación que es sagrada, y quizá me engañe, pero á mis ojos la expiación será proporcionada á la culpa, y quedará usted redimido. Toda la abnegación de que mi alma sea capáz, todos los esfuerzos de mi vida, todas mis esperanzas... todo le perpertenecería á usted... á sus plantas lo pondría yo todo. Pero devuelva usted á los pobres que se ven arruinados por consecuencia de la quiebra á que usted dió lugar, los bienes que les pertenecen; devuelva usted á la memoria de mi padre la estimación que le es debida. Para mi padre, para mí, no pido más que honra. ¡Mi honra, caballero: la honra de mi padre!

PEÑALVER. El estado en que usted se halla le hace acreedor, con efecto, á que yo le perdone. Raciocina usted bien; pero partiendo de un supuesto que es falso, que es una calumnia. ¿Quién asegura, quién puede probar que esa carta del ingeniero no estuvo en manos de su padre de usted, y que de las suyas no

pasó á las mías? La vaga noticia que en ella se le daba respecto de la mina de cobre, no podía en verdad hacer alimentar esperanzas á quien tan caramente había pagado su confianza en otras mayores. Yo, al dejar la parte que llevaba en este negocio, no sabía que el señor Vidal estuviese tan apurado. Después se vió que la quiebra en todo caso hubiera sido inevitable. Le dí consejos: él se obstinó en desoirlos y en caminar cada vez más de prisa á la perdición: le compadecí: lloré su muerte; he manifestado á su hijo una simpatía... de que tal vez pensaba darle mayores pruebas... Mi deber está cumplido. Y al oirle á usted proponerme que en reparar las torpezas de su padre invierta los bienes que tantos afanes y vigilias me ha costado adquirir, dudo si me hace usted con formalidad una proposición tan absurda. De todos modos, la rechazo. (Con energía, pasando por delante de Fernando. Pausa, durante la cual procura éste dominarse.)

FERNANDO. Usted, sin embargo, comprenderá que yo desde ahora tengo un imperioso y alto deber que cumplir, y que ningún sentimiento, por grande que sea, ha de lograr nunca ponerse entre ese deber y yo. Me retiro. Ambos necesitamos reflexionar con calma. Dentro de dos días tendré el honor de rogar á usted que me conceda una entrevista.

PEÑALVER. Por concedida, señor mío; pero ya está dada mi respuesta.

FERNANDO. Quizá todavía no esté dada. Servidor de usted, caballero. (Saludándole.)

PEÑALVER. Beso á usted la mano. (¡Mi hija!) (Cecilia sale por la izquierda y se detiene turbada al notar la expresión de las fisonomías de su padre y Fernando, el cual se lleva la mano al corazón, haciendo un gesto de profunda amargura, saluda gravemente á Cecilia y se va por el foro.)

ESCENA XI

PEÑALVER y CECILIA

CECILIA. ¿Qué hay, papá? ¿Qué ha pasado? (Con temor y ansiedad, acercándose á su padre.)

PEÑALVER. Ánimo, hija mía. (Cogiéndole una mano.) Ármate de firmeza. Nuestro plan se ha deshecho.

CECILIA. ¿Sí? (Muy sobrecogida y llorando.)

PEÑALVER. Ese caballero y yo somos ahora enemigos, enemigos mortales.

CECILIA. ¡Virgen Santísima! (Con mayor aflicción.)

PEÑALVER. Vamos, hijita, vamos: tengamos juicio. ¿Quieres á tu padre?

CECILIA. ¡Oh, sí: mucho!

PEÑALVER. Pues si me quieres, no aumentes con tu aflicción la mía: nada de lágrimas, ni congojas, ni... (Con desabrimiento.) Vete: déjame solo.

CECILIA. ¡Ay, Dios mío: parece que se me acaba la vida! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

PEÑALVER

¡Pobre muchacha! ¡El tal García! Nada tengo que temer, pero un escándalo es siempre enojoso. Veremos de hacer entrar en razón á ese caballerito. No me conozco... Estoy como fuera de mí. Calma... La elección dentro de dos días. Esto es lo que importa. Oh, por ellos sentiría que me hiciesen perder los estribos.

ESCENA XIII

PEÑALVER y ENRIQUETA

PEÑALVER. ¿Has visto á Cecilia?

ENRIQ. Sí: la he visto anegada en llanto, pudiendo apenas

respirar. Antes, que la casarías con Fernando: ahora, que ya no se puede casar con él. Comprendo. Alguna de tus tramas... Alguno de tus negocios... ¿Le ha tocado hoy á tu hija ser víctima?... ¡Qué remedio! De antiguo sé que en tus hijos y en mí y en todo el mundo, no ves sino instrumentos para tus negocios ó tus placeres. ¿Estorban? Pues se rompen. ¿Y qué?

PEÑALVER. ¡Enriqueta! ¿Has perdido el juicio? Buena ocasión eliges para irritarme.

ENRIQ. Pase que hagas padecer á tu hija. Que la denigres, que la envilezcas... ¡eso no!

PEÑALVER. ¡Yo envilecerla! ¿Qué me quieres decir?

ENRIQ. Que ya no ignoro quién es la persona que ha de habitar el cuarto segundo de esta casa Y espero convencerte de que esa persona, de que la Marquesa de Rio Janeiro, no puede vivir aquí, ¡al lado de tus hijos!

PEÑALVER. ¡Otra vez! ¿No te he dicho ya que te engañas? Pero bien se ve que tienes empeño en dar crédito á infundadas hablillas.

ENRIQ. Fundadas ó no, las hablillas corren por todas partes; y con esto solo, ni siquiera debería habérsete ocurrido la infame idea de reunir bajo un mismo techo á tu manceba y á tu hija.

PEÑALVER. ¡Enriqueta! (Con rabia.)

ENRIQ. Oh, no pienses que me vas á meter miedo. Para defenderme á mí propia, no he tenido nunca fuerzas. ¡Hoy defiendo á mi hija! Y una madre que defiende la dignidad, la honra de su hija, no se asusta de nada. Créelo: una mujer es muy cobarde, pero una madre es muy valiente.

PEÑALVER. Bien hicieras en recordar que yo no acostumbro á permitir que nadie me dé lecciones, ni á ceder á caprichos de nadie. En mi casa mando yo solo: yo soy el amo aquí: un amo libre de toda obligación para con los demás, y tú no sé cómo lo olvidas.

ENRIQ. Ah, te comprendo. Mis derechos aquí son iguales á los de esa mujer. Sí: no lo niego. Ni lágrimas, ni dolores bastan á reparar una falta como la mía, aunque algo tenga de involuntaria: estamos conformes. Tú dirás si hubo en mí resignación bastante para soportar los ultrajes y humillaciones á que me ví siempre condenada. Tampoco ahora me quejo. No hablo por mí. Pero tan dócil y tan miserable como fuí en lo que á mí sola me tocaba, seré en lo que á mi hija se refiera, tenaz, rebelde, dura, inflexible. ¡No sufriré que atentes á la pureza de mi hija! ¡Mientras yo viva, mientras yo esté aquí, por lo menos, no ha de entrar aquí esa mujer!

PEÑALVER. No hay más: te has vuelto loca. ¿Quién puede impedirlo?

ENRIQ. ¿Quién? Yo, publicando mi desdicha, confesando á los hijos la infamia de la madre, y haciéndolos jueces de mi conducta... y de la tuya. Elijan ellos entre los dos. ¿Quieres? Pues llámalos. (Peñalver la mira, da algunos pasos precipitadamente hacia el foro como para llamar y luego se detiene y vuelve al lado de Enriqueta.)

PEÑALVER. ¿Pero sabe usted lo que pide? ¿Sabe usted lo que intenta hacer? Será preciso que yo me ocupe en traerla á usted á la razón. (Sonriendo sarcásticamente.) Mis designios, una vez formados, sin tardanza se han de cumplir. Lo que de esto puede originarse es una separación inmediata, una separación eterna: ¿lo sabe usted?

ENRIQ. Lo sé: estoy resuelta. Mi paciencia ya se agotó. Suceda lo que quiera, yo no estoy una hora más en esta casa.

PEÑALVER. Enhorabuena: consiento en que se vaya usted: no lo consiento: lo mando y lo exijo. Pero aun quiero protegerla á usted contra sí misma. ¿Á qué dar un escándalo? ¿No será mejor que se evite usted y evite á sus hijos la pena cruel que á usted y á ellos habría de ocasionarles esa revelación? ¿No bastará

decirles que por motivo secreto ¡hemos decidido vivir separados?

ENRIQ. Como usted quiera. (Con abatimiento.)

PEÑALVER. Por lo demás ofrezco á usted que nuestros hijos podrán elegir entre los dos con toda libertad.

ENRIQ. Gracias.

PEÑALVER. ¿Está usted resuelta? No lo preguntaré más que una vez.

ENRIQ. Ya he dicho antes que sí. Ni una vez había necesidad de preguntarlo.

PEÑALVER. Á los señoritos, que vengan. (Asomándose á la puerta del foro.)

ENRIQ. ¡Hijos desventurados!

PEÑALVER. ¿Y cómo va usted á vivir? ¿Ha pensado usted en esto?

ENRIQ. De usted no quiero nada. Con lo que me dejó mi padre, bondadoso conmigo hasta su última hora .. ¡Ay, que bondad tan mal pagada! (Llorando.) Con eso, aunque es muy poco, me bastará y deberá bastar á mis hijos. Los condeno á la pobreza, pero creo que por el amor que me tienen, la aceptarán gustosos al lado de su madre.

PEÑALVER. Sí... créalo usted. (Con tétrica ironía.)

ENRIQ. Lo creo en fuerza de que los estimo. Usted lo duda, porque no sabiendo ya qué despreciar, desprecia á sus hijos. ¡Este hombre desprecia á sus hijos! (Enérgicamente con viva indignación.)

ESCENA XIV

DICHOS, CECILIA y RICARDO

Salen por el foro y ambos se detienen confusos, notando la violenta emoción que agita á sus padres.

PEÑALVER. Llegad, hijos, llegad. (Con aire sombrío y acento afectado, queriendo vanamente aparentar serenidad.) Entre

vuestra madre y yo se ha suscitado grave discordia... Esta discordia nos ha hecho tomar una resolución más grave todavía .. pero forzosa... irrevocable... El motivo no se os ha de decir. Nos separamos.

CECILIA.
RICARDO. } ¡Qué! (Manifestando sorpresa y honda aflicción.)

PEÑALVER. Nos separamos... para siempre. Vuestra madre va á salir de esta casa al momento. Si queréis, idos con ella. Quedáos conmigo, si queréis. Negocio es este que cada uno de vosotros puede resolver con libertad... con absoluta libertad.

ENRIQ. Díselo todo. Díles que á tu lado están las comodidades, los placeres, el lujo, la riqueza de que han disfrutado toda la vida; y que al míc sólo hallarán las privaciones, el trabajo, tal vez la miseria, y, por toda alegría, mi amor y mi ternura. Ahora, hijos míos, resolved. (Rompiendo á llorar, no pudiendo ya dominarse. Momentos de silencio y ansiedad. Cecilia y Ricardo dan á entender con gestos y ademanes la violenta lucha de afectos que les destroza el corazón. Cecilia al fin se acerca poco á poco á su padre. Enriqueta no aparta de ella los ojos, siguiendo todos sus movimientos y prestando vivísima atención á sus palabras.)

CECILIA. ¡Papá!... ¿Es verdad?... ¿Es posible?...

PEÑALVER. Sí, hija mía: ya lo has oído. No hay remedio. (Con mucha ternura y alegre ansiedad, creyendo que Cecilia va á decidirse por él.)

CECILIA. Pues entonces... adiós, papá. (Besándole la mano. En seguida corre á abrazar á su madre.)

PEÑALVER. ¡Oh! (Reprimiendo un movimiento de dolor.)

ENRIQ. ¡Hija de mis entrañas! (Estrechándola en sus brazos y besándola en la cabeza con frenético gozo.)

RICARDO. Yo, mamá, estoy pronto como Cecilia á irme contigo. (Acercándose á Enriqueta.) Pero ¿quieres tú que me vaya? ¿Quieres que deje solo á papá?

ENRIQ. No, quédate con él... Sí... quédate con él... (Recha-

zándole con dulzura y violentándose para contener su aflicción.) Tú, hija mía, ven conmigo. (Con vehemencia.) Salgamos de aquí. (Enriqueta y Cecilia se van abrazadas por la izquierda.)

ESCENA XV

PEÑALVER y RICARDO

Peñalver se sienta dando la espalda á Ricardo. Este baja la cabeza confuso y abatido. Pausa.

PEÑALVER. ¿Por qué no se ha ido usted con su madre? (Mirándole de pronto y con mucha severidad.)

RICARDO. ¡Papá!...

PEÑALVER. ¿Por qué? Porque me quiere usted mucho, ¿verdad? Miente usted. (Levantándose. Ricardo hace un movimiento de sorpresa y de ira.) Se ha quedado usted conmigo, porque necesita dinero... porque tiene deudas... ¡Es usted un cobarde!

RICARDO. ¡Oh! (Dando un grito.) Mi padre es quien lo dice. (Reprimiéndose.) Pero hable usted... ¿Á quién... á quién quiere usted que vaya á probarle ahora mismo... sin tardanza ninguna, que no soy... eso... eso que usted ha dicho?

PEÑALVER. ¡Ah, sí! usted sería capaz de batirse. (Dejándose llevar de la amargura y la cólera que le domina.) ¡Vaya! ¡Pues no que no! ¿Y cree usted que ya no hay más que hablar? ¿Que basta para poder llamarse hombre de corazón, hombre de honor, saber usar hábilmente de una pistola ó de una espada, y arriesgar, en caso de necesidad, una vida inútil? ¡Y en teniendo este mérito, claro está, ningún otro mérito hace falta! Si luego, dejándose llevar de ociosidad impúdica y de precoz depravación, arrastra uno de garito en garito su juventud embrutecida, ¿qué importa? ¡Uno es hombre de honor, y ¡ay del que se atreva á ponerlo en duda! ¡Pues yo me atrevo! ¡Sí señor! ¡Yo

me atrevo á decirle á usted que quien así procede es un infame sin vergüenza! (Yendo á sentarse á la izquierda.)

RICARDO. Sí: tiene usted razón. Fielmente me retrata ese infame que usted acaba de pintar. Lo conozco. Muchas veces siento rubor al considerar que no soy nada en el mundo; nada más que un bigardo sin oficio ni beneficio, tan insolente como ridículo y pueril. Y ¿qué quiere usted que yo le haga? ¿Á qué tarea, á qué empresa, á qué fin puedo yo dedicar mi vida, cuando desde la niñez sopló en mi alma aire glacial de escepticismo que marchitó en ella toda ilusión, toda creencia, toda fé; cuando las palabras honor, deber, patria, religión, no se han pronunciado nunca delante de mí sino con acento de mofa ó de ironía? Conque si yo en nada me ocupo; si á mí nada me inspira amor ni entusiasmo; si nada puede despertar en mi alma, helada y prematuramente envejecida, ninguna de las nobles aspiraciones con que se enardece la juventud; si yo me avergüenzo de mí mismo y causo vergüenza á los demás, vamos á ver, ¿quién tiene la culpa, quién la tiene? Responda usted, padre, que yo... yo no me atrevo á responder.

PEÑALVER. Me has injuriado. No se hará esperar tu castigo. (Con acento grave y profundamente alterado. Se levanta, se acerca al bufete y escribe algunas líneas en un papel que luego coge y conserva en la mano.) Es fuerza que tambien nosotros nos separemos. Aprende qué es vivir. Yo, Ricardo, nada te debo. Entre tu madre y yo hay un secreto horrible que tú ahora vas á conocer. Eres mi hijo, pero no tienes más derechos que los que te conceda mi voluntad. En una palabra: tu madre no es mi esposa.

RICARDO. ¡Jesús! ¡Jesús bendito! (Dando un grito horroroso y cayendo en una silla anonadado.)

PEÑALVER. Acaso ponga un día en olvido el frenesí de que te

has dejado llevar y te vuelva mi afecto; pero en mucho tiempo no has de estar á mi lado. Toma este papel. Ahí te aseguro una renta con la cual podrás subsistir. Si lo estimases oportuno, gánate algo por tí mismo. Nada más. Tómalo. (Alargando el papel á Ricardo, que lo recibe sin mirarlo.) Vete. (Sentándose y volviendo la cabeza á otro lado. Ricardo se levanta poco á poco y mira á su padre.)

RICARDO. Adiós, padre mío. (Rompiendo el papel, cuyos pedazos deja caer al suelo. Dirígese hacia el foro.)

PEÑALVER. Desdichado, ¿qué haces? ¿Y qué será de tí? ¿Adónde vas?

RICARDO. Voy á dar un abrazo á mi madre: luego á pelear en África por mi patria y mi Dios. (Con mucho fuego y energía. Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XVI

PEÑALVER

Permanece algunos instantes en silencio, como vencido por la emoción, con la cabeza inclinada hacia el suelo y respirando con dificultad de una manera perceptible. Luego se pasa la mano por la frente, pónese muy erguido y se levanta.

¡Bah, bah, todo ello no vale un ardite! ¿Es uno hombre ó no lo es?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El tocador de Cecilia. Pieza alhajada con sumo gusto y coquetería, y en la cual dominan los colores blanco y rosa. La tapicería de todos los muebles y de las colgaduras debe ser igual. Sofá, butacas pequeñas, sillas; tocador, lavabo. En el tocador, cofrecito y tazas de cristal, porcelana y bronce dorado, con las joyas de Cecilia. Dos jardineras. Alfombra clara. Una mesa: á su lado, encima de una silla, un canastillo con un almohadón de tapicería igual á la de los muebles y otras labores empezadas. Á la derecha una ventana grande en primer término: en el segundo una chimenea de mármol blanco, y sobre ella objetos de arte. Puerta en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

PEÑALVER y el LACAYO

Ambos salen por la puerta del foro: Peñalver, taciturno y pensativo, con el sombrero puesto y un látigo en la mano: el Lacayo trae una cartera y algunos legajos.

EL LACAYO. ¿Le ha sentado á usted bien el paseo á caballo?

PEÑALVER Sí, bien. (Dejando el látigo encima de la mesa.) Pon eso ahí. (El Lacayo deja la cartera y los papeles encima de la

mesa también.) Me vengo á esta pieza para estar solo: no has de permitir que entre nadie más que el señor Vidal y el señor Chinchilla, si viene.

EL LACAYO. Descuide usted, señor.

PEÑALVER. El señor Chinchilla, ¿no ha venido aún?

EL LACAYO. No señor.

PEÑALVER. ¿Ni se ha recibido carta ni aviso ninguno de Illescas?

EL LACAYO. Ninguno.

PEÑALVER. ¿Hiciste lo que te mandé?

EL LACAYO. Sí señor.

PEÑALVER. ¿Dónde viven?

EL LACAYO En la calle de la Palma Alta, número sesenta y cinco.

PEÑALVER. Y... ¿y el señorito Ricardo?

EL LACAYO. Ha sentado plaza.

PEÑALVER. No olvides lo que te tengo dicho. Hasta nueva orden, la señora y los señoritos están viajando para todo el mundo... sin excepción. Cuidado. Va en ello tu suerte. (Despide con un ademán al Lacayo, que se retira por la puerta del foro.)

ESCENA II

PEÑALVER

Aquí me parece que respiro mejor. Todo aquí me recuerda á Cecilia .. Todo está aún como ella lo dejó... La costumbre de verla todos los días... La costumbre es déspota que nos subyuga. ¡Ea, ea! vamos á trabajar. (Se sienta junto á la mesa y abre la cartera. Breve pausa.) ¡Me preocupan tantas cosas! La elección... la elección sobre todo. (Como queriendo engañarse á sí mismo.) Ayer debió quedar terminada, y á estas horas aun no tengo noticia del resultado. La calma de Chinchilla es realmente inexplicable. ¿Por

qué no estará ya en Madrid? ¿Por qué no me habrá enviado, á lo menos, algún aviso? ¿Sabrá lo que ha pasado aquí? Luego la entrevista que voy á tener con Vidal es otro motivo de disgusto. El tono de su carta, me da á entender que á la entrevista puede seguirse un duelo, y yo no quisiera reñir con ese joven. Sin embargo, si manifiesta un empeño muy decidido... Por lo que pueda suceder hablé anoche con Valdés y Ramírez y están á mi disposición. (Breve pausa.) ¡Enriqueta habrá llorado mucho estos días!... Con su imaginación arrebatada y su exquisita sensibilidad... ¡Qué afán de que había de casarme con ella!... El matrimonio es una institución mitológica, ya muy desacreditada, y que al fin desaparecerá como tantas otras. ¡Oh, América! tú sí que vuelas desembarazada y libre por el camino de la civilización, desdeñando la rutina europea. ¡Los mormones son la vanguardia del progreso!

ESCENA III

PEÑALVER y el LACAYO

Sale por la puerta del foro con un envoltorio de papel en la mano.

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. ¿Qué hay? ¿Qué quieres? ¿No sabes que estoy trabajando?

EL LACAYO. El portero ha subido esto. Se lo acaba de dar una señora que traía la cara cubierta con un velo muy tupido.

PEÑALVER. Déjalo ahí encima de la mesa.

EL LACAYO. La señora Marquesa de Río Janeiro, sabedora de que está usted solo, ha bajado, y se empeña en entrar. (Poniendo el envoltorio de papel encima de la mesa.)

PEÑALVER. ¡Ah, la Marquesa! Y ¿por qué la detienes?

EL LACAYO. Como usted había dicho que solamente el señor Vidal y el señor Chinchilla...

PEÑALVER. Ya, pero... Que entre... (El Lacayo se va.) ¡Entrar aquí! ¡En el cuarto de mi hija!.. Oye... Espera... ¡Juan! ¡Juan! (El Lacayo se presenta de nuevo en la puerta del foro.) Que pase á mi despacho.

EL LACAYO. Está bien, señor. (Se retira.)

PEÑALVER. ¡Es tan hermosa y tan jovial! Me distraeré un poco hablando con ella. ¿Qué habrá aquí? (Desenvuelve el papel que ha traído el Lacayo y saca de él un ramito de violetas.) ¡Oh, hija mía! (Besando el ramo enternecido.) ¡Juan! ¡Juan! (Corriendo hacia la puerta del foro y llamando al Lacayo, que vuelve á salir.)

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. Dí á la Marquesa que estoy muy ocupado... Que me dispense... Que no la puedo recibir.

EL LACAYO. Bien, señor. Pero ¿y si la señora Marquesa aun así quiere entrar?

PEÑALVER. Entonces le dices que yo no la quiero recibir. ¿Oyes? Cuidado conque me entre aquí esa... la señora Marquesa. (Reprimiéndose.) ¿Á qué aguardas? Vete. (Vase el Lacayo.)

ESCENA IV

PEÑALVER

Vuelve al lado de la mesa, coge el ramo y lo contempla en silencio.

¡Pobre Cecilia!... (Deja el ramo y recorre el escenario deteniéndose conmovido delante de los muebles que indica el diálogo.) En esta butaca se sentaba siempre á coser... Ha dejado empezadas algunas labores... (Cogiendo el almohadón que hay en el canastillo.) La tela de todos estos muebles está bordada por sus manos. ¡Tiene tanta habilidad!... ¡Es tan hacendosa!... Lo mismo, lo mismo que su madre. Sus jardineras. ¡Qué pasión

por la flores! ¿No ha de querer á sus hermanas?... Sus joyas... (Parándose delante del velador y examinando los vasos en que están las joyas.) ¡Oh!... ¡No se ha llevado nada! Pues estas joyas, por lo menos... Sí: se las enviaré para corresponder á su fineza. (Reune todas las joyas en un cofrecito que pone encima de la mesa.) ¡No sabía yo qué echaba de menos estos días, y era el ramito de violetas que mi hija me daba todas las mañanas!... ¡Pues! lo que antes decía... la costumbre... (Coge otra vez el ramo, se queda mirándolo, y luego lo besa.) ¿Qué es esto? (Llevándose la mano á los ojos y limpiándose una lágrima.) Hacía tanto aire esta mañana, que se me habrán irritado un poco los ojos.

ESCENA V

PEÑALVER y CHINCHILLA

CHINCH. Pero ¿dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Dentro.)

PEÑALVER. Chinchilla. (Procurando recobrar su serenidad.)

CHINCH. ¡Victoria! ¡Victoria! (Saliendo por la puerta del foro.) ¡Ven acá, padre de la patria, abraza á tu nieto! (Abrazándole con violencia.)

PEÑALVER. ¿De veras? ¿Soy diputado? (Procurando desasirse de los brazos de Chinchilla.)

CHINCH. Por una inmensa mayoría. El candidato ministerial queda allá diciendo pestes del ministerio.

PEÑALVER. ¿Conque soy diputado? Francamente, me alegro en el alma. Gracias por tus buenos oficios, Chinchilla.

CHINCH. Date las gracias á ti mismo. Tu generosa resolución, el casamiento de Vidal con tu hija, es lo que nos ha hecho triunfar. Recorrí el distrito para divulgar la noticia. ¡Un millonario que da su hija á un hombre de bien á secas! ¡Esto seduce y entusiasma á todo el mundo! Pero ¿dónde están? ¿Y tu mujer, y Cecilia y Fernando? Quiero abrazarlos á los tres. Venga mi recompensa: la exijo.

PEÑALVER. Para alcanzar esa recompensa habrás de esperar un poco, amigo mío. Mi mujer y mi hija han salido de Madrid. Ya te contaré... Por lo que hace á Fernando...

ESCENA VI

DICHOS y el LACAYO

EL LACAYO. El señor Vidal está ahí. (Desde la puerta del foro.)

CHINCH. ¡Ah, el buen Fernandillo!... (Con alegría, queriendo dirigirse hacia la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. No: oye. (Deteniéndole y llevándosele aparte, como para que no se entere el Lacayo de lo que le dice.) En dos palabras: Vidal ha sabido la calumnia inventada por mi adversario en esta elección, y le ha dado crédito. Sería inútil ocultártelo: ahora vamos á tener una explicación. Entra ahí. (Señalando la puerta de la izquierda.) Nos separará únicamente esa cortina, y te autorizo para que oigas lo que hablamos Vidal y yo. Así podrás juzgar de mi templanza y buen deseo en este malhadado asunto, y, á ser preciso, ayudarme en la tarea de apaciguar á ese muchacho.

CHINCH. ¡Pero, hombre, es posible!... ¡En tan pocos días!... ¡Me dejas atónito!

PEÑALVER. Entra. Vidal está esperando.

CHINCH. ¡Válgame Dios! ¡Yo que venía reventando de gozo!...

PEÑALVER. Entra.

CHINCH. Si lo que en este mundo sucede... (Vase por la puerta de la izquierda.)

PEÑALVER. Que pase adelante. (Al Lacayo, que se va.) Por fuerza lo había de saber. Tomarle por confidente era el mejor medio de tenerle por aliado.

ESCENA VII

PEÑALVER y FERNANDO

Salúdanse los dos y luego Peñalver se acerca á Fernando y le habla con desenfado gracioso y cortés.

PEÑALVER. Ahora más que nunca, señor Vidal, deploro el error que nos hace enemigos. En otro caso le hubiera recibido á usted con los brazos abiertos, porque en este momento acabo de saber el feliz resultado de mi elección para diputado á Cortes. (Toma de encima de la mesa el ramo de violetas y juega con él.) Por esta dichosa circunstancia, fuera de otras razones ya muy sabidas, me encuentra usted animado de un espíritu de conciliación que espero sea contagioso; persuadido, por otra parte, de que usted habrá modificado su juicio en estos días de tranquila meditación, y vendrá dispuesto á ser conmigo menos injusto.

FERNANDO. En estos días de tranquila meditación, se han modificado mis intenciones, pero no mi creencia de que en el infortunio de mi padre hubo una víctima y un culpado.

PEÑALVER. Se engaña usted. (Con enojo, que reprime en seguida.)

FERNANDO. Eran mis intenciones exigir de usted la rehabilitación del nombre de mi padre, y si de usted no la alcanzaba, pedírsela inmediatamente á la ley. Esto quería: hoy ya quiero otra cosa.

PEÑALVER. ¿Á la ley? ¿Habla usted con formalidad? ¿Ha podido usted creer, ni por un solo instante, que haya ley, que haya tribunal en el mundo capaz de autorizar pretensiones tan infundadas y ridículas?

FERNANDO. ¿Quién sabe? Pero ya dije que he cambiado de parecer. Para darle á usted ese golpe era preciso lastimar al mismo tiempo dos corazones inocentes;

era preciso ahogar en mi pecho sentimientos que todavía me son muy caros, por más que no los aliente la esperanza. El cumplimiento de tan rigoroso deber, pedía un valor que en mí no se halla. He resuelto marcharme, vivir y morir lejos de España, lejos de Europa, y dejarle á usted gozar en paz de su riqueza y su alegría. Sólo pongo una condición.

PEÑALVER. ¿Una condición? Tengo hecho voto de paciencia. Acabe usted. (Pasando por delante de Fernando.)

PERNANDO. Renuncio á defender la memoria de mi padre, pero con el objeto de hacer por ella una buena acción. (Acercándose mucho á Peñalver y bajando la voz.) Lo que únicamente le pido, es que vuelvan aquí los míseros á quienes ha echado usted á la calle; que les asegure usted los derechos y la ventura que merecen.

PEÑALVER. ¡Caballero! (Turbado, indeciso, y mirando con inquietud hacia la colgadura detrás de la cual se supone estar oculto Chinchilla.) (¿Qué puede saber?)

FERNANDO. No acuse usted á nadie. No doy este paso por encargo de nadie, sino de propia voluntad. La circunstancia de habitar yo en esta misma casa, el interés que me inspira todo lo que tiene relación con esas señoras .. Las ví salir de aquí... ví que salían llorando... Pregunté... indagué... Ayer al fin dí con su paradero... ¡Aquella inmensa angustia!... ¡Aquella profunda desesperación!... Alguna palabra que se le escapó á la madre de Cecilia... No sé qué misteriosa voz de mi alma... ¡Todo lo adiviné! Pues bien; jure usted cumplir el acto de justicia que le pido, y por mi honor juro yo partir hoy mismo para siempre.

PEÑALVER Caballero: al entrometerse en mi vida privada, abusa usted de su derecho y mi paciencia. (Con ira febril.) Ruego á usted que se calle y que salga de aquí.

FERNANDO. Pero usted que habla de paciencia, no se habrá llegado á imaginar que la mía no tiene límites. (Poseído

de indignación y coraje.) Este secreto que nadie me ha confiado, mío es, me pertenece. Y si yo le publico, ¿no teme usted que el mundo juzgue por este solo hecho su vida entera? No teme usted que viéndole hollar todos los deberes, toda ley humana y divina... (Chinchilla sale de detrás de la colgadura y escucha sin ser visto, dando señales de asombro y de indignación.)

PEÑALVER. ¡Ah! ¡Mire usted lo que dice! (Ciego de cólera, arrojando al suelo violentamente el ramo de violetas.)

FERNANDO. Viéndole condenar á la madre de sus hijos, y á sus hijos también, á eterno dolor y eterno oprobio, ¿no teme usted que el mundo conozca al fin el egoísmo, la corrupción, el fango y la hiel que en ese corazón se esconde, y le rechace al fin de su seno con tedio y horror?

PEÑALVER. ¡Silencio, ó ay de usted! (Cogiendo el látigo y amenazándole con él.)

ESCENA VIII

DICHOS y CHINCHILLA

CHINCH. ¡Ay de ti! (Lanzándose á Peñalver y quitándole el látigo que arroja al suelo. Pausa durante la cual Chinchilla manifestará su estupor.) Una sola palabra. ¿Es verdad? (Peñalver vuelve á otro lado la cabeza.) ¡Sí; verdad es! ¡Y yo te he servido de cómplice! (Haciendo un ademán de amenaza.) No quiero olvidar todavía que he comido tu pan, aunque el favor me sale bastante caro. Sí: ya te conozco: sí: ya sé quién eres. Bien claramente me lo diste á entender el día que tuve la desgracia de que te propusieras hacerme dichoso: no puedo negarlo, pero supuse entonces que hablabas de broma: no te creí, no te comprendí bien. Ahora ya lo comprendo todo. Sí: tú eres uno de esos hombres fuertes de que hoy está plagado el mundo, para quienes cuanto existe debajo del sol es superstición, boba-

da, niñería, excepto su amor propio y su propio interés, Honor, justicia, conciencia, Dios .. ¿qué significa todo eso? ¡Todo eso no es más que vana palabrería, sandeces del vulgo, cuentos de vieja! En no pudiendo caer sobre uno el código penal, en no pudiendo meterse con uno la policía, bien hecho está cuanto se haga. Los débiles avanzan penosamente en el áspero camino de la vida, detenidos á cada paso por algún escrúpulo, por algún respeto, por algún movimiento del corazón ó la conciencia: pasan los fuertes entonces, aplastan al que se detiene, y llegan rápidamente al fin. Humedécensele al débil los ojos, y apágase el fuego de sus pasiones más violentas ó depravadas, al sólo recuerdo de su madre, de su mujer ó su hijo: el fuerte iría á su negocio, por encima de la existencia de su padre, por encima del honor de su hija. Suene un grito, flote en los aires un girón de tela encarnada y amarilla, y los débiles con el alma desalada correrán á morir por su patria ó su fe: los fuertes entre tanto especularán con el riesgo público y jugarán á la alza ó la baja con la suerte de la nación. ¡Ese es el hombre fuerte! ¡Ese eres tú! Sé feliz á tu modo. Lo que es yo antes que comprar á tal precio las alegrías y las glorias del mundo, quiero morirme de hambre, en mitad del arroyo, clavando la mirada en el cielo, con un poco de fe y esperanza en el corazón.

PEÑALVER. Sin duda habrás previsto, amigo Chinchilla, las consecuencias que podia tener el espetarme ese discurso. (Con frialdad, sentándose á la izquierda.)

CHINCH. Las he previsto y exijo que al punto se realicen. Los que te acaban de elegir, sabrán que les he robado indignamente sus votos, y quiero que sepan á la vez que he sido tu juguete, mas no tu cómplice. Cuando gustes. Señor Vidal, será usted mi padrino.

FERNANDO. Conozco toda la generosidad que se oculta en su proceder de usted: no puedo aceptarla. Me ha ame-

nazado usted con un látigo. (Dirigiéndose á Peñalver.) Es preciso que me dé usted satisfacción de tan odiosa y vil injuria.

PEÑALVER. Vamos, señores, traten ustedes de ponerse de acuerdo.

CHINCH. Fernando, deje usted que riña yo antes. ¡Se lo pido á usted en nombre de Cecilia!

FERNANDO. ¿Quiere usted por ventura que yo me deshonre?

CHINCH. ¡Qué fatalidad! (Con acento de desesperación y cubriéndose el rostro con las manos.)

PEÑALVER. Pronto, ¿eh? Pronto. (Levantándose y acercándose á Fernando.)

FERNANDO Dos amigos que me esperan abajo, serán mis padrinos. Á todo estaba preparado.

PEÑALVER. Dentro de diez minutos me encontrará usted con los míos en casa de Valdés.

FERNANDO. Allí estaremos dentro de diez minutos. (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX

PEÑALVER, CHINCHILLA y el LACAYO

Breves instantes de silencio: después Peñalver tira fuertemente del cordón de una campanilla

PEÑALVER. El coche. (Al Lacayo, que se presenta á la puerta del foro, y en seguida se va. Peñalver se pone el sombrero.)

CHINCH. ¿Eso quieres hacer? (Acercándose á él con rapidez y asiéndole fuertemente por ambos brazos.) ¿Antes el padre... y ahora el hijo? (Clavando sus ojos en los de Peñalver.) ¿Pero tan indudable es para tí que no hay Dios? ¡Mira, insensato, que le hay!

PEÑALVER. Vamos á verlo. (Dirígese hacia la puerta del foro, poniéndose los guantes. Chinchilla da un grito y cae en un sillón con terror y como desfallecido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración que en el tercero.

ESCENA PRIMERA

CECILIA y el LACAYO

CECILIA. ¿Con que ha salido? (Levantándose el velo del sombrero.)
EL LACAYO. Sí, señorita Cecilia.
CECILIA. ¿Y tardará mucho en volver?
EL LACAYO. Lo ignoro.
CECILIA. Bien; le esperaré.
EL LACAYO Ahí está ya. (Yendo hacia la puerta del foro.)
CECILIA. Me sentía tan animada, y ahora... (Quédase acobardada á la izquierda, cerca del proscenio.)

ESCENA II

DICHOS Y PEÑALVER

Peñalver sale bruscamente por la puerta del foro muy pálido y abatido con el sombrero puesto.

EL LACAYO. Señor.

PEÑALVER. Ni un palabra. Déjame. (Rápidamente, con tono imperioso. El Lacayo baja la cabeza y se va por la puerta del foro.)

ESCENA III

PEÑALVER y CECILIA

Peñalver se queda inmóvil en el centro del escenario con aspecto sombrío: después de una breve pausa se quita los guantes maquinalmente.

CECILIA. No me atrevo á decirle nada.

PEÑALVER. (¡En el pecho!... ¡Muerto quizá!...) (Se quita el sombrero, quedándose con él en la mano izquierda, y se pasa repetidas veces la derecha por la frente.)

CECILIA. ¡Está muy inquieto! ¿Será nuestra ausencia lo que le aflige? (Peñalver da algunos pasos por la escena, y luego se detiene de pronto, apoyándose en un mueble.)

PEÑALVER. ¡Oh, aquí se ahoga uno! (Corre hacia la ventana: la abre violentamente de par en par y respira con fuerza. Luego se vuelve hacia la izquierda y va á Cecilia.) ¡Mi hija! (Con terror.)

CECILIA. ¡Papá! ¡Papá de mi alma! (Corre hacia él, le abraza y le mira con mucha ternura llorando.)

PEÑALVER. ¡Tú aquí! ¿Por qué has venido?... ¿Sabes algo? ¿Ocurre algo?... (Reprimiéndose y mirándola con angustia.)

CECILIA. Nada, papá, nada; sino que ya se me habían agotado las lágrimas; ya se me había agotado el valor... Y á mamá también... Y pues... he venido... Y no hay más.

PEÑALVER. (¡No, aun no lo sabe!) (Dando un fuerte respiro.)

CECILIA. ¡Y muy buen miedo que he pasado!

PEÑALVER. Sí, con efecto, estás azorada, trémula. (Haciendo que se siente. Cecilia se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.) Tampoco yo me había olvidado de tí. (Sentándose en un taburete delante de su hija.) Mira: ya te-

nía reunidas tus joyas para enviártelas en cambio de las violetas.

CECILIA. Gracias, muchas gracias. (Asiéndole una mano.) Pero yo quisiera... quisiera algo más.

PEÑALVER. ¿Qué? habla. (Mirando á una y otra parte y escuchando con inquietud.) Esa ventana abierta... Corre un aire tan frío... (Se levanta, cierra la ventana y vuelve al lado de Cecilia.) Vamos, habla.

CECILIA. Oh, sí: esta buena acogida me hace esperar... Porque veo que me quieres de veras. (Levantándose.)

PEÑALVER. ¡Sí; te quiero... te idolatro!... Déjame abrazarte. (La abraza con gestos y ademanes de dolor.)

CECILIA. ¡Qué gusto, papá de mi vida! Mamá empeñada en que no había de venír, y yo le decía: no seas terca... veremos lo que sale... Tengo por indudable que él padece como nosotras.

PEÑALVER. Sí... padezco... (Con voz sorda como consigo mismo.)

CECILIA. Tengo por indudable que estos días de soledad le habrán hecho conocer cuánto nos amaba... sin saberlo quizá. Los hombres no suelen medir bien la fuerza de los lazos con que están atados á su hogar, á su familia, á sus dulces costumbres de cada día y cada hora. Pero cuando se haya visto el pobre tan solo en aquella casa abandonada, cuando haya echado de menos el rumor familiar que á cada instante le decía: aquí hay alguien que vive por tí y para ti; aquí hay un consuelo si padeces, una sonrisa si eres feliz, una caricia si la deseas... ¡Ah! ¿lloras?... ¡Lloras! ¡Mira si tenía yo razón! (Estrechándole las manos muy conmovida.)

PEÑALVER. En fin... explícate: ¿qué pides? (Profundamente turbado.) Tú, lo confieso, puedes alcanzar mucho de mí. Te amo, cierto, más de lo que yo imaginaba... Y que no quiero que me maldigas. ¿Verdad, hija mía, que tú no maldecirás á tu padre; que no le maldecirás... nunca... ¿suceda lo que quiera?

CECILIA. ¿Yo? ¡Jesús, papá!

PEÑALVER. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién viene ahí? (Viendo entreabrirse la puerta del foro y corriendo hacia ella.)

ESCENA IV

DICHOS y CHINCHILLA

CHINCH. Perdone usted, señorita... Un negocio urgente. (Violentándose para aparentar tranquilidad.) Oye, Antonio, oye una palabra. (Con afabilidad llevándosele aparte.) Llévese usted al punto á su hija. (Muy bajo, cambiando repentinamente de tono y aspecto.) ¿Me entiende usted?... Le traen á su casa... Dentro de algunos minutos estará aquí. Convenido, ¿eh? (Alto, con afectada jovialidad.)

PEÑALVER. (¡Dios eterno!) Bien, si: descuída, amigo mío.

CHINCH. Pues ya sabes... Abur. (Á Peñalver.) Hasta luego, señorita. (Á Cecilia, y vase por la puerta del foro.)

ESCENA V

PEÑALVER y CECILIA

CECILIA. No sucede nada malo, ¿verdad? (Con inquietud.)

PEÑALVER. ¡Cá! no, hija mía. Un negocio de bolsa muy perentorio...

CECILIA. Me había parecido advertir...

PEÑALVER. ¡Qué tontería... No... Ni por pienso... (Con ansiedad febril, que se aumenta en él por momentos.) Conque en marcha... ¡No es esto lo que quieres! Pues anda: vamos.

CECILIA. ¿Á casa de mamá? (Con alegría.)

PEÑALVER. Si: á casa de tu mamá. Ven. (Dándole el sombrero, que ella toma y conserva en la mano.)

CECILIA. ¡Qué bueno eres y qué alegría le vas á dar! Pero aguarda un poquito... Ya que te hallo tan bien dispuesto...

PEÑALVER. ¿Qué se te ocurre? ¿Qué más quieres? (Prestando atento oído á cualquiera ruido que se oye, y con impaciencia y turbación que le dominan por completo.)

CECILIA. Otra persona hay que ha reñido contigo y que también padece mucho.

PEÑALVER. Si... tu hermano... Bien... Le perdono.

CECILIA. Otro más.

PEÑALVER. ¿Otro? ¿Otro?... No sé... Vámonos... (Sobrecogido de espanto.)

CECILIA. ¡Él, papá, él! Bastará que yo le diga una palabra para que venga á echarse á tus pies. De fijo bastará. ¿Me permites que se la diga? ¡Oh! sí: no me devuelvas á medias la felicidad ¡Le amo tanto! Y no lo olvides: le amo con tu permiso. Mira, papá, no lo dudes, sin él yo no puedo vivir. ¡Si le pierdo, te quedarás sin hija, me moriré!

PEÑALVER. No, Cecilia: no te morirás: ¿verdad que no? Pero ¿quieres que nos vayamos? Tu madre nos espera. (Poniéndole el sombrero y ayudándole á atarse las cintas con manos temblorosas.)

CECILIA. ¿Y él?

PEÑALVER. ¿Él?... Por el camino hablaremos... ¡Vamos por Dios! ¡Ah! (Notando que Cecilia no le escucha y presta atención al ruido que se oye en la calle.)

CECILIA. ¿Qué ruido es ese?

PEÑALVER. ¿Ruido?... no... Lo que es yo no oigo nada.

CECILIA. ¿Que no?... Gritos confusos... Tropel de gente... Pero ¿no lo oyes? (Da algunos pasos hacia la ventana. El ruido aumenta y se oye cada vez más cerca.)

PEÑALVER. Alguna desgracia tal vez... (Deteniendo á Cecilia con desesperación.) ¡No vayas á ver eso, Cecilia! ¡No vayas, por piedad!

CECILIA. ¿Y tú, ¿qué tienes? Sí: la gente se agolpa delante de casa. ¿Qué sucede?... Estás desencajado... Tiemblas... ¿Por qué tiemblas?

PEÑALVER. ¿Yo?... ¿Yo?... (Apoyándose en una silla.)

CECILIA. ¡Oh! ¡Quiero verlo! (Corriendo á la ventana, y abriéndola.)

PEÑALVER. ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola con angustia y sin fuerzas para ir á detenerla.)

CECILIA. Un coche. (Asomándose á la ventana.)

PEÑALVER. ¡Hija! (Con acento de súplica como implorando su perdón. Sigue apoyado en la silla.)

CECILIA. Sacan de él un herido. ¡Ay! (Da un grito, échase las manos á la cabeza y quédase inmóvil con la vista clavada en lo que acaba de ver.)

PEÑALVER. ¡Hija! (Hace un violento esfuerzo, y con paso trémulo va hacia donde está Cecilia. Ésta se vuelve de pronto como habiéndolo adivinado todo, y ambos se quedan inmóviles algunos instantes, mirándose el uno al otro. Luego Peñalver da un paso hacia Cecilia.)

CECILIA. ¡No me toques! (Apartando de sí á su padre con un gesto de horror, y corriendo hacia el lado opuesto de la escena.)

PEÑALVER. ¡Hija! (Siguiéndola. Luego se detiene.)

CECILIA. ¡Tú has sido! ¡Tú! (Extendiendo hacia Peñalver un brazo.) ¡Oh! (Da un grito y cae al suelo sin sentido.)

PEÑALVER. ¡Mi hija! ¡Mi hija! (Loco de dolor.) ¡Dios mío! ¡Dios de mi corazón! (Corre á la puerta del foro tropezando con los muebles que encuentra al paso.) ¡Hola! ¡Aquí! ¡Socorro! ¡Chinchilla! ¡Socorro! ¡Socorro! (Gritando.)

ESCENA VI

PEÑALVER, CECILIA y CHINCHILLA

Chinchilla sale corriendo por la puerta del foro, comprende con una mirada todo lo que ha pasado y se arrodilla junto á Cecilia, asiéndole una mano.

PEÑALVER. ¿Está muerta?... Háblame... No sé dónde estoy... ¡No veo!...

CHINCH. No; pronto volverá en sí. Pero ¿quieres creerme? Que al abrir los ojos no te halle delante. Huye. Vete.

PEÑALVER. ¡Cómo! ¿Que me vaya? ¿Que me separe de mi hija... enferma... quizá moribunda?... (Balbuciente y como fuera de sí.)

CHINCH. Y cuando despierte, desdichado, ¿qué le vas á decir? (Levantándose.)

PEÑALVER. Bien, sí... calla... tienes razón... Sí... me voy... Calla... ¡Mi hija!... Me voy... Sí, sí... Me voy... Me voy... (Se aleja con paso tardo y trémulo, andando maquinalmente hacia atrás y repitiendo las mismas palabras como si hubiera perdido el juicio: luego vacila, se detiene para no caer, cobra aliento y sigue andando y hablando de igual modo hasta que desaparece por la puerta del foro. Chinchilla entre tanto vuelve al lado de Cecilia y la levanta desmayada.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Habitación muy modesta. Jarros con flores. Mesa pequeña con un canastillo. Puerta en el foro y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA

CECILIA

Tiene en la mano una labor empezada y está junto á la puerta de la derecha escuchando con precaución.

Nada oigo todavía, y no me atrevo á despertarla. ¡Qué impaciencia! (Se acerca á la mesa y saca del canastillo una carta.) Esta carta me abrasa la mano. Pero no la he de abrir. ¡Quiero que sea para mamá el primer alegrón! ¡Pobre mamá mía!

ESCENA II

CECILIA y CHINCHILLA

Sale por la puerta del foro.

CECILIA. Hola, señor Chinchilla. (Corriendo con jovialidad á dar la mano á Chinchilla.) Cuánto celebro verle á usted tan de mañana.

CHINCH. ¿Pero usted me esperaba sin duda? ¿Sin duda le habrán anunciado á usted mi visita?

CECILIA. No. ¿Por qué?

CHINCH. ¿De veras, usted no sabe nada?

CECILIA. No. Pues ¿qué hay?

CHINCH. Eso es lo que yo quisiera saber. ¿Y la mamá? ¿Puedo verla?

CECILIA. Creo que aun no se ha levantado. ¡Esperándola estoy con una impaciencia!... No he querido quitarle el sueño, porque ha de hacerle mucho bien. Más de cuatro meses ha, esta es la primera vez que duerme con sosiego. ¡Y para cuando despierte le tengo preparada una sorpresa tan agradable! Mire usted. (Enseñándole la carta.)

CHINCH. ¿De Tetuán? (Con viveza.)

CECILIA. Sí.

CHINCH. ¿De su hermano de usted?

CECILIA. Sí.

CHINCH. ¡Alabado sea Dios! Ese inexplicable silencio... ¿de cuánto? De muy cerca de un mes... Sí... Desde tres días antes de la batalla de los Campamentos, me hacía á mí poquísima gracia.

CECILIA. ¡Pues y á nosotras! Por más que nos decían en el Ministerio que vivía, que estaba en Tetuán, que sus cartas debían haberse perdido... Este nuevo golpe hubiera acabado con mamá. ¡Ah! (Corriendo hacia su madre, que sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA III

DICHOS y ENRIQUETA

CECILIA. Buenos días, mamá. (Besándola en la cara.) ¿Has dormido esta noche un poco mejor?

ENRIQ. Sí, un poco mejor. ¿Va bien, amigo mío? (Dando la mano á Chinchilla.) Ayúdeme usted á reñir á esta se-

ñorita. No me hace caso, y hoy como todos los días se habrá puesto á trabajar á la primera luz del alba.

CECILIA. Lo que es hoy, antes de que saliera el sol ya estaba yo despierta, y más alegre que un pájaro. ¡Tenía un presentimiento feliz!

ENRIQ. ¡Un presentimiento feliz! ¿Se ha recibido carta?

CECILIA. Presente. (Alargando la carta á su madre.)

ENRIQ. ¡De mi hijo! (Tomando la carta.) ¡Vive! ¡Qué bueno es Dios!

CECILIA. ¿No se me paga el porte?

ENRIQ. ¡Hija mía! (Besándola.) ¿Y no la has abierto? ¿Has tenido tanto valor?

CECILIA. Ya lo ves. Enterita te la he guardado.

ENRIQ. De Tetuán. (Después de haber abierto apresuradamente la carta y fijado en ella la vista.) «Mi querida mamá.» (Leyendo con emoción.) Toma: lee tú... yo no puedo. (Sentándose en una silla.)

CECILIA. «Mi querida mamá: (Arrodillándose junto á su madre y leyendo.) Ya sabrás que hemos tomado á Tetuán. La batalla fué cosa bastante seria. Marchábamos en columna hacia los campamentos del enemigo, y desde sus baterías nos hacían un fuego de cañón horroroso. Te confieso que como bisoño tuve al principio un poquillo de miedo.»

ENRIQ. ¡Hijo de mi vida!

CHINCH. ¡Voto al Chápiro verde!

CECILIA. «Pasó pronto; lidié como un buen soldado, y aun tuve la suerte de coger una bandera.»

CHINCH. ¡Bien por el chico!

CECILIA. «Luego me la quitaron á mí.»

CHINCH. ¡Adiós, mi dinero!

CECILIA. «Pero yo la volví á coger.»

CHINCH. ¡Pues no faltaba más sino que nos hubiésemos quedado sin la bandera!

CECILIA. «Con este motivo, recibí muchas felicitaciones de mis jefes y algo más. Quiero darte una sorpresa

cuando nos veamos, que será el mismo día que llegue á tus manos esta carta.»

ENRIQ ¿Conque viene?

CHINCH. Haremos repicar las campanas.

ENRIQ. Sigue, Cecilia, sigue.

CECILIA. «Estoy muy contento, porque veo que ya sirvo de algo en el mundo, que ya soy capaz de hacer algo por mi patria.»

CHINCH. ¡Así empiezan los héroes!

CECILIA. «He tardado algunos días en escribiros porque...» (Turbándose y dejando de leer.)

ENRIQ. ¿Está herido?

CECILIA. No... no es nada. Oye. (Con alegría después de haber recorrido con los ojos algunas líneas.) «Porque el moro que llevaba la bandera tenía más fuerzas que Sansón.»

CHINCH. ¡Habrá bárbaro!

CECILIA «Y forcejeando con él, me lastimé un poco el brazo derecho.»

ENRIQ. ¡Nos engaña: está herido!

CECILIA. Lo cierto es que ya no hay cuidado. Verás. «Puesto que me voy á poner en camino, queda fuera de duda que ya me encuentro enteramente bien. Pero creo que no hubieras vuelto á verme, á no ser por un amigo que en veinte días con sus noches no se ha separado ni un solo instante de mi cabecera. Me le llevo conmigo, y espero que algún afecto ha de merecerte la persona que ha salvado á tu hijo. Espero que también le querrá un poco Cecilia.» ¡Vaya si le querré!

CHINCH. Me parece, me parece que esa persona no es un amigo.

CECILIA. Pues ¿quién ha de ser?

CHINCH. Una amiga.

ENRIQ. Chinchilla... (Con tono de dulce reconvención.)

CHINCH. ¡Toma! Como de esas cosas se han visto. (Enriqueta coge la carta.)

ENRIQ. «Adiós, mamá: adiós, hermanita. Os quiere con toda su alma, vuestro Ricardo.» (Besa la carta y luego á Cecilia.) Crees que ya está bueno, ¿eh? ¿Crees que ya no hay cuidado? Y usted también, ¿no es cierto?

CHINCH. ¿Pues quién lo duda? Harto claramente lo indica el tono de su carta. (Mirando la carta que abierta conserva aún Enriqueta en la mano.) Y mire usted, para mayor seguridad, añade por posdata: «Parto dentro de dos horas. Hasta la vista.» De un momento á otro puede llegar. ¡Y calle usted! Quizá esta carta y el regreso de esa buena alhaja tengan alguna relación con el motivo que me ha traído tan de mañana á su casa de usted.

ENRIQ. ¿Qué motivo?

CHINCH. ¿Usted no me esperaba? ¿Usted no sabe nada tampoco?

ENRIQ. No: nada sé.

CHINCH. ¡Pues señor, nadie sabe nada! ¡Estamos lucidos! Y la carta de Ricardo no es bastante á explicar... Vamos á ver si entre los tres conseguimos aclarar este misterio: y para ello fuerza será recordar algunos hechos que puedan servirnos de guía en nuestras conjeturas.

ENRIQ. Pero ¿qué misterio es ese? ¿Á qué recordar?...

CHINCH. Verá usted. Más ha de cuatro meses que aquel infeliz á quien tanto han querido ustedes, á quien tanto quieren aún á pesar de todo, después de renunciar su cargo de diputado, que no debió tener por bien adquirido, desapareció repentinamente de Madrid, sin dejarnos indicio alguno acerca de sus intenciones, ni de la razón y término de su viaje. Desde entonces, ni la menor noticia suya. Hay quien supone que se fué á los Estados Unidos y que después ha hecho que se le envíe allá su dinero.

ENRIQ. ¡Con tal que viva!... ¡Me asaltan á veces unos temores!...

CHINCH. Descuide usted: la mala yerba nunca muere.

ENRIQ. ¡Chinchilla! (En tono de reconvención.)

CECILIA. ¡Señor Chinchilla! (Lo mismo.)

CHINCH. ¡Esto es una broma! ¡Ya saben ustedes que yo también á pesar de todo!... (Enterneciéndose.) ¡Si esos picarones tienen una habilidad para hacerse querer!... Pues como iba diciendo, se afufó, y, por lo visto, García únicamente mereció su confianza. Con los poderes que sin duda le dejó para ello, ha vendido sus fincas y liquidado sus negocios, realizando todo su caudal. Pero el tal García, dijo: en boca cerrada no entran moscas; y no ha sido posible sacarle una sola palabra del cuerpo. Ahí estábamos, cuando dos meses ha, ¡pif! también García desapareció de Madrid como por ensalmo. Ayer mismo le creía ausente, cuando cátense ustedes que recibo una carta suya rogándome en términos misteriosos que hoy sin falta á las nueve en punto viniese aquí donde se me enteraría de un negocio del mayor interés: y es lo más peregrino del caso que otra persona... otra persona á quien ustedes también conocen mucho, recibía al mismo tiempo que yo una carta enteramente igual á la mía.

CECILIA. ¿Otra persona?... (Turbada.)

CHINCH. Pues, otra persona... Un antiguo amigo... Un herido, que, á Dios gracias, está ya completamente bueno.

ENRIQ. ¿Cómo?... ¿El señor Vidal?

CHINCH. Tenía algún reparo en venir; pero el tono de esas cartas es tan formal y tan imperioso, que me ha parecido conveniente exigirle que venga.

CECILIA. ¿Y vendrá? (Sobresaltada.)

CHINCH. Sin duda ninguna.

CECILIA. ¡Ah! ¡mamá! (Abrazándola.)

CHINCH. Valor, niña, valor. Ya conoce usted al señor García. Es incapaz de querer jugar con su corazón de usted, y cuando él nos hace venir aquí...

GARCIA. ¡Vamos, señor Vidal, adentro, y buen ánimo. (Dentro.)

CECILIA. ¡Fernando es! (Con viva emoción.)

CHINCH. ¡Calla! ¡Y también García!

ESCENA IV

DICHOS, FERNANDO y GARCÍA

Fernando está muy pálido y conmovido.

FERNANDO. Perdóneme usted, señora, si vengo á causarle con mi presencia afectos dolorosos. Me han dicho que era aquí necesario.

GARCIA. Y pronto se convencerá usted de que no le han engañado. Señora, soy siempre de usted con todo el corazón y con toda el alma. (Saludando á Enriqueta con efusión.) Buenos días, señorita Cecilia. (Acercándose á ella conmovido y sonriendo.) Mucho tiempo hacía que no nos veíamos... ¡Mucho celebro volverla á ver á usted! Pero no se acongojen ustedes tan pronto... reserven ustedes sus fuerzas... llamen ustedes á sí todo su valor.

ENRIQ. ¿Nuestro valor? ¡Dios mío!

GARCIA. ¡Eh! no hay que asustarse. No digo más sino que se preparen ustedes á sentir nuevas emociones. Pero también hay emociones agradables... ¡También hay lágrimas de gozo! (Como prestando atención al ruido que se supone estar oyendo, y mirando hacia la puerta del foro.)

CECILIA. ¿Qué hay?

ENRIQ. ¡Por favor! ¡En nombre del cielo!...

GARCIA. ¡Señora, abra usted los brazos! (Señalando hacia la puerta del foro.)

ESCENA V

DICHOS y RICARDO

Viene con traje militar de campaña muy destrozado, sucio y lleno de polvo: en el pecho la cruz de San Fernando: el brazo derecho en cabestrillo: el rostro muy tostado del sol.

ENRIQ. }
CECILIA. } ¡Ah! (Dando un grito y abrazando al mismo tiempo á Ricardo.)

RICARDO. ¡Mamá! ¡Cecilia! (Abrazándolas.)

ENRIQ. ¿Conque eres tú, hijo mío? ¿Conque al fin te tengo en mis brazos?... Pero dí... ¿estás ya bien? ¿No sientes ya dolor? (Con recelo, tocándole el brazo derecho.)

RICARDO. No, señora. Duelen poco las heridas que se reciben lidiando por la patria.

CHINCH. ¿Y á mí, no se me dice nada, buen mozo?

RICARDO. ¡Señor Chinchilla! ¡Fernando! (Dándole la mano izquierda.)

CECILIA. ¿Y eso? (Tocándole la cruz.)

RICARDO. Esto es un pedazo de mi bandera. (Sonriendo.) Pero... perdona, mamá... no he venido solo.

ENRIQ. ¿No?

RICARDO. El amigo de quíen te hablaba en mi carta, el amigo que con su infatigable solicitud y con su ternura y con su abnegación me ha salvado...

ENRIQ. ¿Por qué lo dices de ese modo? ¿Por qué lloras?

RICARDO. ¡Ese amigo está aquí!

CECILIA. ¡Aquí!

ENRIQ. ¿Dónde?

RICARDO. Mírele usted.

ESCENA VI

DICHOS y PEÑALVER

Lleva traje severo: sus facciones están algo alteradas y denotan circunspección y seriedad: su cabeza ha encanecido

ENRIQ.
CECILIA.
CHINCH.
FERNAND.

¡Ah! (Los cuatro en viendo á Peñalver, dan un grito ahogado y manifiestan los diversos afectos en que se agita su corazón. Enriqueta y Cecilia le miran indecisas y turbadas, pero como si quisieran arrojarse en sus brazos: Peñalver las contiene con un ademán.)

PEÑALVER. Enriqueta, no esperaba volverte á ver. (Con reprimida emoción.) Nunca hubiera osado ponerme al alcance de tus ojos. Pero la Providencia, tan bondadosa para conmigo como yo para con ella duro y rebelde, quiere que después de haberte dado tantos pesares, pueda al fin darte una alegría. Algo he contribuído quizá á conservar la vida de tu hijo. Por el amor de tu hijo, no me rechaces. Lo que he pensado, lo que he padecido junto á su lecho, él te lo dirá. Con el cumplimiento de este deber, en extremo natural y sencillo, no he reparado seguramente la atroz injusticia de que fuiste víctima largo tiempo, ni adquirido ningún derecho á un amor de que jamás supe hacerme digno. Pero si no por mí, puesto que á mí nada me debes, por tus hijos te ruego, te pido por Dios que aceptes este anillo, y des licencia de que un sacerdote le bendiga delante del altar.

ENRIQ. ¡Ah! (Toma temblando el anillo que le da Peñalver. Este le ase dulcemente una mano y se la besa con respeto y ternura.)

PEÑALVER. ¡Gracias! (Da un paso hacia su hija.) Cecilia, un día, ¡día cruel! se valió la Justicia eterna de tu mano, tan cara á tu padre, para desgarrar mi corazón y abrir en él los sagrados manantiales de la verdad. Justo era que fuese castigado por aquellos mismos

sentimientos que me había complacido en desdeñar y escarnecer. También yo ahora elijo tu mano para curar una de las heridas más graves que hizo la mía, para reparar una de las mayores faltas de mi existencia. Entrega esto al señor Vidal. (Da á su hija un pliego abierto que Cecilia entrega á Fernando. Chinchilla se acerca á García y le interroga con la mirada.)

FERNANDO. ¡Qué veo! (Abriendo y mirando el pliego.) ¡La rehabilitación de mi padre! ¡Satisfechos todos mis créditos! ¡Dios de bondad!

PEÑALVER. Ya sabeis en qué se han empleado mis bienes. Ahora soy tan pobre como tú, Chinchilla, más pobre que tú, porque yo por tí nada puedo hacer, y tú aun puedes hacer mucho por mí. Puedes darme una limosna; puedes darme la mano.

CHINCH. La mano y el corazón y... (Con voz ahogada por los sollozos.) Vamos, hombre, que ahora eres tú el que se encarama á las nubes. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

FERNANDO. ¿Y yo, no pudiera yo hacer algo por usted? (Con mucha vehemencia.)

PEÑALVER. Usted puede hacerme el bien mayor que ambiciono en la tierra. Diga usted á mi hija... ¡Dígale usted que me abrace! (Dejándose dominar por el sentimiento y llorando.)

CECILIA. ¡Oh! ¡Padre de mi alma! (Arrojándose en sus brazos. Peñalver la estrecha sobre su corazón.)

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 17 de Marzo de 1864.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

3 0112 127858907

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.